CORRE, CORRE QUE TE PILLO

SANTIAGO DE OSSORNO

CORRE, CORRE QUE TE PILLO

Madrid

© *Santiago de Ossorno*
http://ossorno.es/
Edición: 2 de octubre de 2022

Quiero dedicar este libro a todos los que entendieron mi tardía pasión por la carrera a pie, en especial a Lola por su ayuda y apoyo incondicional en todo momento, cuando costaba imaginar que aquella locura tendría algún futuro.

También a nuestros hijos y nietos para que me conozcan mejor a través de su lectura; a ellos quisiera decirles que se puede conseguir todo lo que nos propongamos, por imposible que pueda parecerle a los demás, mientras nos mantengamos firmes en lograrlo durante el tiempo suficiente.

No quisiera olvidar a Filípides el ateniense, héroe mítico de la antigua Grecia, nuestro hemeródromo particular (corredores que hacían la función de mensajería dentro de las polis griegas), cuya gesta le costó la vida e inspiró en su honor la carrera que actualmente cierra los Juegos Olímpicos de la era moderna: la maratón.

Correr

1. intr. Dicho de una persona o de un animal: Andar rápidamente y con tanto impulso que, entre un paso y el siguiente, los pies o las patas quedan por un momento en el aire.

Carrera

1. f. Acción de correr las personas o los animales.

2. f. Competición de velocidad entre personas que corren, conducen vehículos o montan animales.

Contenido

PRÓLOGO 7
LUCHA DE GÉNERO 13
NUESTRO AMIGO EL MURO 15
LA GÉNESIS 23
LA SECTA 27
DONOSTIAKO MARATOIA 33
UNA TIRADA MUY LARGA 39
MUSCULUS SARTORIUS 45
CHIRIMIRI 51
MARATON BISIESTO 57
CINCO PUENTES 67
NINOT INDULTAT 79
LÍNEA AZUL 87
LA GRAN MURALLA CHINA 93
DEEP DISH MARATHON 101
LA LIBRETA 109
TODO A CIEN 115
EL MARATON DE LOS SUEÑOS 129
LA CLANDESTINA 139
EL BARTOLO 145
LA DURA VIDA DEL MARATHON SUPPORTER 151
RESUMEN NUMÉRICO 161

PRÓLOGO

A primera vista resulta evidente que Haruki Murakami (famoso escritor y corredor japonés) y yo no nos parecemos ni en el blanco de los ojos; ya me gustaría a mí tener su profundidad de pensamiento y habilidad literaria y a él mi metro ochenta y tres (es que no encuentro otro rasgo mío que a él le pudiera resultar interesante), pero nuestra madre naturaleza es caprichosa repartiendo sus dones y poco o nada podemos hacer una vez recibidos, como no sea intentar sacarle todo el provecho que sea posible; quién no se conforma es porque no quiere.

Lo cual no quita para poder compartir con mi admirado y premiado escritor algunas coincidencias vitales, como puedan ser nuestra común afición por la escritura y el deporte —en su caso ha sacado algo más de provecho—, a las que ahora también puedo añadir mi familiar relación con su Japón natal gracias al nacimiento de dos preciosas niñas: mis queridas nietas Misato y Kaori.

Aunque mi experiencia maratoniana pueda considerarse limitada, he participado en suficientes carreras como para hacerme una idea cabal de la enorme dificultad que entraña practicar tan cansado deporte; en cualquier caso, no vas a encontrar aquí consejos ni métodos milagrosos para afrontarlas con garantía de éxito, primero porque no es el objetivo del libro y segundo porque yo no soy quién para darlos.

La mayoría de las crónicas fueron escritas en los días posteriores a las carreras, con las agujetas todavía tan frescas en las piernas como intactas en el recuerdo; otras, sin embargo, he tenido que escribirlas o modificarlas casi de memoria tiempo después, procurando mantener un alto grado de fidelidad con el relato original; todas las he revisado recientemente para afilar la redacción, porque al igual que para correr hay que entrenar, escribir requiere un ejercicio continuo de mejora; puede que hayas leído alguna de las crónicas antes de hoy, porque durante algunos años mantuve activo un blog donde las publicaba, pero siendo este libro una recopilación de carreras de largo aliento no podía dejar de incluirlas.

En ellas encontrarás pocos rastros de épica, tan del gusto de otros maratonianos con tendencia a convertir en epopeya sus propias carreras, algo que siempre me ha sorprendido, quizá porque nunca le haya dado importancia a un hecho tan natural como pueda ser correr; en mi caso siempre he preferido el relato sencillo al complejo, la risa al lamento, la ironía a la seriedad de pensamiento; eso sí, aviso que escribo largo, por decirlo claramente me enrollo como las persianas; no ataco ni defiendo la idea de que una imagen valga más que mil palabras, pero en mi caso pocas veces he preferido una foto a un millar de palabras, ¡hay tantas donde escoger!

Oficialmente la distancia olímpica de la prueba de maratón es de 42.195 metros; al contrario de lo que piensa el público en general, que tiene perfecto derecho a desconocerlo, no hay maratones de cinco o diez kilómetros, también son carreras pero no maratones. Menos mal que acortaron la increíble proeza de Filípides porque, para completar su heroica gesta, tuvo que recorrer nada menos que doscientos cuarenta y seis kilómetros, tardó dos días sin parar de correr en llegar desde Atenas hasta Es-

parta para pedir refuerzos. Otras versiones hablan de que recorrió los 40 kms que separan Maratón de Atenas para anunciar la victoria sobre los persas, me vale cualquier de las dos porque, al cumplir su objetivo, murió por el esfuerzo sobrehumano que había realizado.

La longitud moderna de 42.195 metros data de los Juegos Olímpicos de Londres de 1908, Hay varias versiones para justificar los 195 metros añadidos, pero me quedo con esta «En cuanto al maratón, por órdenes de la Reina Alejandra, la salida de esta prueba se realizaría desde el Palacio Real de Windsor, con el fin de que sus nietos pudieran ver en directo la salida de esta prueba clásica. Es a partir de dicho momento cuando se oficializa la distancia actual de 42,195 kilómetros, se debió a que estaba lloviendo y, para evitar que la reina se mojase, se retrasó la salida hasta la entrada cubierta del palacio.

En sí, cada carrera de maratón es un microcosmos existencial individual en el que nacemos, vivimos y morimos (poética y metafóricamente hablando) en el transcurso de unas pocas horas, brindando a cada sufrido participante la oportunidad de profundizar en el conocimiento de sí mismo y ayudarlo a descubrir sus propios límites.

Básicamente el libro se centra en las doce maratones que he realizado hasta la fecha, lo aclaro porque todavía no he renunciado definitivamente a correr alguna más antes de colgar para siempre las zapatillas, aunque pienso que se me puede estar pasando el arroz para repetir semejante esfuerzo, pero también he incluido algunas excepciones que, sin tener la distancia olímpica, me han exigido tanto o más, dando siempre lo mejor de mí para salir airoso.

La primera trata sobre mi única incursión en el extraordinario, agotador y complejo mundo del ultra fondo; el

reto consistió en recorrer cien kilómetros en veinticuatro agónicas horas; tras conseguir acabarlo a duras penas, puedo decir alto y claro que no repetiré, ¡una y no más, santo Tomás!

La segunda, llamada Maratón de los Sueños, acompañando al Mago Pepo en un increíble intento de bajar de las tres horas y media en su ciudad natal, Valencia, ayudado por un grupo de corredores amigos entre los que me encontraba yo porque me gusta pisar charcos. No la terminé, porque ese día no era mi objetivo, pero disfruté como si lo hubiera hecho.

Como no hay dos sin tres, he incluido por su rareza mi participación en una asombrosa «maratón protesta», única en su género, al menos en territorio patrio porque me consta que hubo otra en Buenos Aires en la que participó Javi Sanz, un segoviano coleccionista de maratones; celebrada también en Valencia y con el mismo Mago Pepo como inductor principal, constituyó una rara avis que perdurará muchos años en el recuerdo de los que allí manifestamos nuestro descontento una apacible mañana de febrero.

También he incluido una cuarta excepción, una de las pocas carreras organizadas de montaña que he hecho en mi vida; pienso que también será la última porque resultó un reto superior a mis fuerzas, aunque en estas renuncias voluntarias la palabra de un corredor valga bastante poco, porque siempre decimos lo mismo al acabar una carrera en la que hayamos sufrido —la realidad es que se sufre en casi todas, sean llanas, de montaña, ultra o en pista—; con el tiempo olvidamos el mal rato y, como el gusanillo no lo perdemos nunca, caemos en la tentación y repetimos.

En un libro como este no podía faltar una mención para las carreras diferentes que, sin alcanzar la mística que se le concede a una maratón, dejan huella profunda en el espíritu por lo que significaron en un momento determinado, ellas también contribuyeron a fortalecer mi afición y de todas guardo un recuerdo imborrable; si no lo dejo por escrito, acabaría olvidándolas y no quiero que ocurra eso.

Tampoco podía faltar la visión externa de quienes sienten o sufren nuestra pasión de otra manera, a veces viéndola como enemiga de la relación y en general prestándonos su necesario apoyo; me refiero a la aportada por la pareja de un maratoniano, sin cuya ayuda casi nada hubiera sido posible.

Si la lectura de estas crónicas te resultase amena y consiguiera sacarte al menos una sonrisa o hacerte recordar tus propias experiencias deportivas —es bastante probable que tú mismo seas corredor y estés leyendo el libro más por solidaridad atlética que por otra cosa— habré conseguido mi objetivo y me daría por satisfecho.

Una vez situado en el contexto del libro para que no haya dudas sobre su contenido, te dejo en paz para que empieces su lectura antes de que te arrepientas; he procurado que no resulte demasiado farragosa, aunque, como ocurre con las maratones, si ves que te empachas de kilómetros, puedes tomarte un respiro y proseguir con la lectura cuando recuperes el aliento, descuida que no te lo voy a tener en cuenta.

Por lo que a mí respecta no puedo ocultar que, como le ocurre al famoso escritor nipón, me gusta mucho practicar y mezclar ambas actividades, correr y escribir, quizá por aquello del «anima sana in corpore sano» o vaya usted a saber el porqué; como en ambas actividades tengo

mucho margen de mejora, espero seguir practicándolas mientras el cuerpo aguante y la cabeza me lo pida.

Como si de participar en una carrera pedestre se tratase, sirva esta breve introducción como el necesario calentamiento previo a acometer a lectura final, porque ya no hay vuelta atrás, ha llegado el momento de la verdad.

Ajústate los cordones (o las gafas de cerca si las necesitases), sitúate sobre la línea de salida, pon el cronómetro en marcha y…

¡Corre, corre que te pillo!

LUCHA DE GÉNERO

Según la RAE «la actual tendencia al desdoblamiento indiscriminado del sustantivo en su forma masculina y femenina va contra el principio de economía del lenguaje y se funda en razones extralingüísticas. Por tanto, deben evitarse estas repeticiones, que generan dificultades sintácticas y de concordancia, y complican innecesariamente la redacción y lectura de los textos».

A mí me parece bien que en determinadas situaciones se retuerza el lenguaje para fomentar la igualdad entre sexos, para que nadie se sienta olvidado o excluido por su pertenencia a uno u otro, pero estoy completamente de acuerdo con el parecer académico y me repatea el abuso al que nos está llevando una supuesta corrección política que avanza sin control a costa de destrozar la gramática, que es el arte de hablar y escribir correctamente una lengua.

Ni siquiera la palabra «maratón» se salva del debate, sin embargo no es reciente ya que se inició algunos años atrás, cuando nuestro deporte de referencia comenzó a popularizarse; mucho antes de que la inclusión verbal saltase a la primera página del debate nacional, los propios corredores no nos poníamos de acuerdo en su utilización y todavía seguimos igual, hemos avanzado nada o muy poco.

Para unos se trata de «el» maratón y para otros de «la» maratón, seguro que tú tienes opinión propia al respecto y eres libre de llamarla como te dé la gana pero, te lo pido por favor, no digas «la maratona» porque suena fatal y además es incorrecto.

Personalmente prefiero decir la maratón, solamente porque carrera me suena a género femenino; es la forma que suelo utilizar en mis expresiones cotidianas, aunque en ocasiones me entren las dudas y no sepa a qué carta quedarme.

No me extraña tanto porque la palabra «carrera» tiene veintiocho acepciones en el diccionario de la Real Academia Española y se utiliza indistintamente en ambos géneros en función del contexto; si tienes curiosidad consulta el diccionario y comprobarás que no resulta tan evidente la elección.

Si los señores y señoras académicos y académicas la definen así por algo será, aunque yo no lo entienda ni mi opinión les importe.

El debate tampoco da para mucho más, a los partidarios de cada una les pido que no me lo tengan en cuenta y se refieran a ella como quieran; hacerlo de una u otra forma no va a cambiar nada, en el fondo solo es una carrera de 42.195 metros.

Que se dice pronto.

NUESTRO AMIGO EL MURO

Un sentido homenaje

A medida que se acerca el día de la maratón el corredor popular se vuelve algo trágico, a todo el mundo le da por hablar sin parar del famoso y temido muro, pero ¿sabemos realmente de qué se trata?, espero que este opúsculo aclare en parte el misterio que lo rodea y le sea de utilidad a alguien antes de que sea demasiado tarde.

El MURO, lo pongo por primera y única vez en mayúsculas, en reconocimiento a su tremendo poder devastador que no quiero provocar, está grabado a fuego en el cerebro del maratoniano y lo acompaña a todas partes; aunque no lo puedas ver, el muro se mantiene alerta, vigilante y cercano, cómo hacen los ángeles custodios pero con la diferencia de que su objetivo no es velar por ti sino hacerte sufrir, conseguir que te rindas antes de tiempo, destruirte anímicamente, hacerte su prisionero.

El muro es un invento internacional que pulula por el mundo libre como el viento, tiene don de lenguas y sus efectos tienen las mismas o peores consecuencias para los corredores que el temido calentamiento global está teniendo para nuestro planeta.

Es tan conocido que incluso en Nueva York o Valladolid le han dedicado calles en su honor; eso por no hablar de Berlín, donde durante un montón de años mantuvieron en pie un monumento divisorio en su memoria; o de China, donde se pasaron tres pueblos construyendo en su nombre una larga muralla (también en esto los chinos nos han tomado la delantera) de 21.196 kilómetros de longitud (equivalente a 502 maratones) que, según dicen los astronautas, es la única construcción humana visible desde la Luna.

Evidentemente no he estado nunca en la Luna para comprobarlo, parece ser otra leyenda urbana que la NASA se ha encargado de desmontar posteriormente; en cualquier caso, lo traigo a colación porque la noche del 21 de julio de 1969, cuando el hombre pisó la Luna por vez primera, tirando por tierra mi adolescente vena poética, un servidor cumplió quince años; claro que por entonces a mí me importaría poco la longitud de la muralla, además me quedé dormido porque ocurrió de madrugada, mi madre me despertó a tiempo de escuchar a Neil Armstrong decir aquella histórica frase «es un pequeño paso para el hombre pero un gran paso para la humanidad» aunque supongo que me la tuvo que traducir.

Volviendo al tema central, en el muro, en todos y cada uno de los muros que en el mundo son, anida un ser terrible y voraz que, cuando sale de cacería, provoca terror y pánico extremo entre los corredores, especialmente cuando van a disputar una maratón, que para él son piezas de caza mayor.

En dichas ocasiones, armado con un mazo, sale a la búsqueda de atletas agotados para liarse a mamporro limpio con ellos, intentando convertir la carrera en un cruento campo de batalla.

No es otra leyenda urbana como pueda ser lo de la muralla china, sino real como la vida misma; personalmente he tropezado con él varias veces y puedo asegurar que es bastante desagradable, aparte de silencioso, sigiloso y le gusta aparecer de repente de la nada sin que te lo esperes, contando siempre con el factor sorpresa a su favor.

Cualquier corredor en su sano juicio temería cruzárselo en su camino; la semana previa a la maratón circulan rumores sobre su crueldad, incluso se hacen apuestas sobre cuando aparecerá; normalmente suele hacerlo a partir del kilómetro treinta ya que, conocedor de que hasta entonces nuestro duro entrenamiento puede hacerle frente, le parece el momento y lugar oportuno para atacarnos sin piedad, cuando las fuerzas y la moral de combate empiezan a flojear.

Algunos afortunados aseguran no haberlo visto nunca ni en pintura, por lo que dudan de su existencia y van por ahí diciendo que es un bulo, una mentira que corre de boca en boca hasta convertirse en verdad a fuerza de repetirla, pero sin que se haya demostrado su existencia. Suerte que tienen o han tenido hasta ahora, ya veremos lo que piensan si algún día se encontrasen con él frente a frente.

Yo no soy uno de ellos, nuestro primer encuentro fue una sorpresa para los dos, sobre todo para mí porque desconocía su leyenda y, al pillarme desprevenido pensando en otras cosas, no fui consciente de lo que ocurría hasta que uno que pasaba por allí me avisó «tranquilo, estás ante el muro, pero si lo superas y sigues adelante, conseguirás ser maratoniano», lo cual me pareció una barbaridad con lo cansado que iba «si hombre, estoy yo ahora como para saltar muros».

Dejando de lado su maldad y mala fama, el muro tiene una asombrosa capacidad de adaptación a las circunstancias, hasta tiene cierto instinto natural para los negocios; en el de Nueva York, por ejemplo, entre mazazo y mazazo, para entretenerse efectúa operaciones de compraventa para su colección de cromos como si fuera corredor de la bolsa de Wall Street «te cambio un cromo de Fabián Roncero por tres de Paul Tergat», pero en cuanto divisa un corredor en apuros lo deja todo y se lanza en su persecución.

En Valladolid han ido más lejos y tienen una calle Muro sin tan siquiera tener maratón, por lo que el malvado tío del Mazo —la forma más familiar de llamarlo—, lleva la tira de años tocándose el nardo sin saber qué hacer ni cómo molestar; la ausencia de maratonianos cansados la suple dándose el gustazo en la media maratón pero sin disfrutar tanto, para él no es lo mismo, dice que así nunca conseguirá realizarse ni ser un muro de provecho.

Tampoco me extraña que el tío del Mazo se vea obligado a vivir en un muro con lo incómodo que debe ser, pero con la actual carestía de la vivienda, las hipotecas, los desahucios, los escraches y demás peligros del mercado inmobiliario, no le ha debido quedar otra opción; si no fuera mucho pedir en estos tiempos de crisis, rogaría al Ministerio de Fomento le concediesen un piso de protección oficial o lo apuntasen a un viaje sin retorno a otra galaxia con gastos pagados por el IMSERSO o a cualquier islote perdido en la inmensidad del océano, con tal de mantenerlo tranquilo y lo más alejado posible de nosotros.

El tío del Mazo no tiene televisión, por eso los días de maratón en lugar de ver un debate político a cara de perro sobre algún tema de actualidad o un resumen con los mejores goles de la jornada, baja a darse una vuelta por

los alrededores de su domicilio intentando subirse a la chepa del primero que pase renqueante por delante y, como no se dejan porque van muy cansados y pensando en sus cosas, se cabrea mucho con ellos e intenta pegarles fuerte en la cabeza con lo que tiene más a mano (normalmente el mazo).

Aunque sin garantía de éxito hay varias formas de evitarlo; la más eficaz es quedarse en casa sin salir el día de la maratón, aunque la opción no gusta demasiado a los atletas de fondo porque somos de natural «masocas» y proclives al sacrificio, sobre todo cuando hemos pasado varios meses preparando el paseíto; otra podría ser correr más deprisa que él, pero una vez que te ha elegido como víctima resulta difícil zafarse de su acoso porque el tío del Mazo se las sabe todas, callejea, recorta ilegalmente el recorrido si hace falta y te acecha a la vuelta de la esquina; además, si al final te alcanza estará cabreado como una mona y hecho una fiera, no se sabe que es peor.

Una vez que este despiadado señor pone sus ojos sobre la presa propicia no dejará de acosarla durante el tiempo que haga falta con tal de destrozarla, obligándola las más de las veces a abandonar; otras virtudes no le encuentro, pero debo reconocer que cuando se pone el mono de trabajo es un ejemplo laboral, le sobra pundonor, dedicación y profesionalidad.

Hasta hace pocos años un muro muy famoso fue el de Berlín, también denominado «El Muro de la Vergüenza», no puedo imaginar cómo sería aquello para llamarlo así, pero un buen día de noviembre de 1989 los alemanes —que para estas cosas son muy suyos— se hartaron de tenerlo allí sin hacer nada y a la sopa boba y lo derribaron a martillazo limpio para que dejase de incordiar a los corredores.

Aunque sea de otro tipo tenemos el llamado Muro de las Lamentaciones que empezó siendo un muro de contención; fue construido en parte por el rey Herodes que, ya por entonces, se dedicaba a fastidiar a los corredores de las categorías inferiores desde su más tierna infancia; cuando años más tarde fue investigado por sus malvados actos, se lavó las manos como diciendo que él no tenía nada que ver con el problema; el caso es que dos mil y pico años después, todavía se mantiene en pie y aunque yo no entienda la razón, supongo que alguna habrá, hoy día la gente en vez de a correr maratones va por allí a meter entre las rendijas del muro papelitos escritos con deseos como si fuera un buzón de correos, menudo curro para los carteros locales.

Podría estar contando cosas del muro y del tío del Mazo durante varias páginas más, pero entiendo que al lector medio no le hace falta seguir leyendo historias de terror para entender el concepto; todo aquél que haya mantenido relaciones con el muro sabe perfectamente de lo que hablo, salvando las distancias diría que se parece un poco al primer amor porque nunca se olvida, solo que en vez de besos y abrazos éste, si puede, te dará una paliza.

Los que aún no lo conocéis, bien por no haberos enfrentado todavía a la mítica distancia olímpica o por no haber leído antes un opúsculo como este en su memoria, podéis dormir tranquilos porque no interrumpirá vuestro merecido descanso nocturno con pesadillas, pues solamente tiene fijación con los corredores de maratón.

La expresión «tío del mazo» tengo entendido que procede del ciclismo pero con la popularización del mal llamado «running» (una expresión anglosajona que amenaza nuestra lengua) se ha hecho famosa entre los corredores y ha llegado hasta nosotros para quedarse, de hecho ya forma parte de nuestro argot.

En términos coloquiales podría equivaler a sufrir una pájara ciclista pero, mientras que esta sobreviene de forma progresiva durante un esfuerzo físico prolongado, normalmente por una deficiente alimentación o falta de hidratación, para nosotros es un trance repentino, instantáneo e inesperado, como recibir un golpe en la cabeza que te impide continuar corriendo del que te va a costar dios y ayuda reponerte y seguir adelante como si nada.

Que yo sepa nadie le ha dedicado nunca un cumplido tan extenso al tío del Mazo, si acaso cuando alguien habla de él siempre ha sido para vituperarlo y ponerlo a caer de un burro, que bien merecido se lo tiene dicho sea de paso; quizá sea por aprensión, venganza o miedo a que me identifique, yo he querido ser la excepción que confirme la regla, a ver si haciéndole un sentido homenaje —la pelota en román paladino— consigo que se olvide de mí persona por siempre jamás.

LA GÉNESIS

Cómo empezó todo

Sucedió que yendo Pablo de Tarso de camino a Damasco, de repente se vio rodeado por una luz venida del cielo, cayó en tierra y oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?».

Él respondió: «¿Quién eres, señor?» Y él: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero, levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer».

Los hombres que iban con él se habían detenido, mudos de espanto, oían la voz, pero no veían a nadie. Pablo se levantó del suelo, y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Lo llevaron de la mano y le hicieron entrar en Damasco. Pasó tres días sin ver, sin comer y sin beber.

Así el autor, salvando las distancias con la conversión de San Pablo, sin querer establecer odiosas comparaciones ni molestar las creencias religiosas de nadie, estando una tarde en la cinta del gimnasio intentando hacer algo de ejercicio aeróbico, de repente su mirada inocente se posó en el bamboleante trasero, enfundado en apretada malla, de una fermosa mujer que hacía lo mismo que él aunque mucho mejor en la cinta de enfrente.

Distraído, apenas fue un breve descuido, por aquella visión prodigiosa, tropezó, cayó en tierra y fue deshonrosamente arrastrado por la cinta hasta chocar violentamente contra la pared de atrás; oyó una voz que decía «Rápido, que alguien llame al SAMUR porque este tío se ha roto la cabeza», el resto de personas de la sala se detuvieron, mudos de espanto, oyeron el fuerte golpe y escuchaban su triste lamento, pero no veían a nadie porque yacía retorciéndose de dolor en el suelo, semioculto por la siniestra maquinaria.

Con su ayuda se levantó del suelo y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada, solo el titilar de cientos de estrellas brillantes orbitando enloquecidas en torno a su cabeza. Lo llevaron de la mano y le hicieron entrar en el botiquín del gimnasio, donde tumbado en una camilla pasó los siguientes quince minutos sin querer ver, ni comer, ni beber.

Y lo que puede resultar increíble, sin hablar.

De este modo el autor, por entonces un alma en pena, deportivamente hablando, se convirtió instantáneamente en corredor, bueno, en verdad aún tardó un tiempo en conseguirlo porque no fue algo súbito, tan solo prendió la mecha de arranque de un proceso transformador a largo plazo.

Tras recuperarse del tremendo porrazo sufrido y de la vergüenza consiguiente, comprendió que en realidad había recibido una señal (bastante dolorosa por cierto) que con el tiempo lo llevaría a participar en doce maratones (más uno apócrifo) y en un centenar de carreras populares de todo tipo a lo largo y ancho de la geografía, a la espera de que otro golpe salvador lo devuelva al mundo real sin necesidad de partirse la crisma.

De momento no ha tropezado con la misma piedra, aunque no le hace falta porque está perdiendo el ímpetu inicial a pasos agigantados; como hiciera san Pablo con sus cartas y epístolas a romanos, corintios, gálatas, efesios, colosenses, tesalonicenses y filipenses, para entretener la espera, él se dispuso a escribir las crónicas de sus carreras de largo aliento en honor a Filípides el griego, para solaz y entretenimiento de sus familiares y amigos a los que posiblemente tenga bastante hartos con tanta carrera y tanto libro.

LA SECTA

28 de abril de 2002

Madrid

Me lo advirtió Nacho, el monitor cachas del gimnasio, cuando en cierta ocasión me vio hablando con ellos: «no te juntes con esos porque son una secta», se refería a un grupo de corredores que, casi a diario, salían a entrenar por los parques públicos de los alrededores de mi trabajo, por entonces en la zona universitaria, justo dónde años atrás se levantaba el estadio Metropolitano.

Acababa de apuntarme al gimnasio tras varios años sin hacer nada de provecho, cinco meses sin fumar y una dieta estricta que me hizo perder veintiún kilos; Lola me dijo «deberías hacer algo de deporte» sin tener en cuenta las posibles consecuencias de su consejo; el bueno de Nacho me recomendó que, antes de ponerme con las máquinas de musculación, calentase unos minutos en la bicicleta estática o en la cinta para evitar lesiones.

Un día que estaban todas las bicicletas ocupadas decidí probar en una cinta y, al momento, como una manada de búfalos, entró en escena… La Secta.

Uno de ellos, con el tiempo convertido en mi buen amigo de correrías Fernando Álvarez, me comentó «en vez de correr en la cinta podrías venirte con nosotros a correr por la calle»; la verdad es que a mí me parecieron seres de otro planeta por su buena planta, sus cronómetros, gafas de sol, gorras, zapatillas, mallas y camisetas sudadas, pero me sorprendí a mí mismo respondiéndole inconscientemente «vale, mañana saldré con vosotros» y puede que allí empezase todo.

Varios meses después de aquel encuentro fortuito, tras una intensa y espartana preparación rica en anécdotas, me presentaba a mi primera maratón con un bagaje ciertamente modesto para lo que se estilaba entonces: apenas cuatro diez miles, dos medias maratones y el apoyo sólido e incondicional de La Secta en pleno.

La preparación, dirigida de forma estricta por Eduardo Biurrun, navarro incombustible, había sido dura, disciplinada y minuciosa; en aquellos tiempos se llevaban las «tiradas» muy largas, como aquel domingo invernal en que nos metimos treinta y cuatro kilómetros entre pecho y espalda por la Casa de Campo, casi una maratón, únicamente para experimentar en propia persona las consecuencias del paso de la quema de hidratos a la de grasas. «Esta gente, efectivamente, no es que parezcan seres de otro planeta, es que lo son», pensaba yo.

Volviendo al estreno, no recuerdo demasiado bien lo que aconteció aquél 28 de abril, supongo que por una parte se debe a que han pasado once largos años desde entonces y quieras que no... y por otra me concentré tanto en vivir plenamente la experiencia que apenas atendí a lo que pasaba a mi alrededor.

Tampoco entiendo cómo pudieron convencerme tan fácilmente para que me inscribiera en la carrera, puede que verlos unos meses antes dejándose literalmente la piel en la primera edición de la Millenium Maratón de Madrid tuviera algo que ver, el caso es que cuando quise darme cuenta estaba apuntado al sarao y sin posibilidad de marcha atrás porque yo no soy de los que se rajan a última hora.

Los primeros kilómetros los hice formando grupo con Gonzalo Mariño, un venezolano de mi quinta y con Vidal (*Shopepo*), un joven sevillano, bético hasta las trancas, que se apuntó sobre la marcha con nosotros en cuanto supo que yo también era verderón.

Recuerdo que la emoción inicial de correr libremente por las calles de Madrid nos mantuvo alegres y sonrientes durante un par de horas; el paso por la Puerta del Sol y por la media maratón, situada en la calle Mayor, fue

una auténtica apoteosis, un nirvana sensorial que, más que correr, nos hacía volar hacia la todavía lejana meta.

Al pasar por el barrio de Argüelles seguíamos fuertes como toros sin picar, pero la carrera ya nos estaba haciendo mella por dentro sin nosotros saberlo; bajo un calor que empezaba a ser sofocante, el campus de la Complutense se transformó en un horno en un abrir y cerrar de ojos, qué digo un horno... ¡el mismísimo infierno!

Pasando por las primeras facultades ya empezamos a ver gente caminando, iban callados, cabizbajos, arrastrando los pies; la señal no debió pasarnos inadvertida porque intuitivamente bajamos el pistón, «vamos chicos, hay que llegar, pero no tengamos tanta prisa» nos animábamos entre nosotros.

Cruzar la Casa de Campo, auténtico pulmón verde de la capital, tan conocida por nosotros durante la preparación invernal, hizo que la humedad ambiente dejase de ser relativa para convertirse en asfixiante; si cabe todavía bajamos más el ritmo, no recuerdo que camináse mos en ningún momento pero íbamos tostados.

Llegando al estadio Vicente Calderón el cansancio había hecho estragos en nosotros y Vidal se quedó retrasado en algún punto previo, no puedo precisar dónde ocurrió porque por entonces un servidor también iba agotado.

Gonzalo y yo seguimos avanzando juntos animándonos el uno al otro, la larguísima ascensión final hasta Atocha desde el Vicente Calderón nos estaba pasando factura y el IVA correspondiente debió batir récords recaudatorios.

En Embajadores empezamos a sentir la cercanía del final, lo que no sabíamos era cuando llegaríamos porque la carrera se nos estaba haciendo más larga que un día

sin pan; la dura cuesta final hasta la glorieta de Atocha convirtió la calle en un reguero de corredores consumidos ante un público tan animoso como aparentemente ajeno a nuestro esfuerzo; bebíamos agua sin parar porque el calor era sofocante, pero olíamos la meta y la sola idea de llegar nos impulsaba hacia delante.

En el Paseo del Prado una multitud vociferante nos llevaba en volandas hacia la meta que ya quedaba a la vista, pero en el adoquinado final me dio un primer calambre en el isquiotibial que me dejó muy tocado; le dije a Gonzalo que siguiera él solo, pero no quería dejarme, solo a base de insistencia lo convencí.

Estirando la pierna, irónicamente apoyado en el cartel del kilómetro cuarenta y dos, lo vi alejarse en dirección a los arcos de llegada, «¡Vamos Gonzalo que ya lo tienes!»; le gente me gritaba que no me parase, que la meta estaba cerca, ahí mismo, ¿ahí mismo?, todavía quedaban 195 metros y en este preciso momento se me antojaron demasiados.

Superando nuevos y dolorosos calambres, renqueante pero decidido a luchar contra viento y marea, conseguí cruzar la soñada línea de meta ante la pétrea mirada del rey Neptuno, dios del mar, sin aparecer un ápice de épica en mi perdida mirada.

Poco antes de llegar apareció como de la nada mi hija pequeña, Teresa, que contenta cual gacelilla salió a mi encuentro y juntos atravesamos la línea de meta, por ahí tengo una foto del momento, ella iba orgullosa, sonriente y yo agotado por el esfuerzo, pero ya estaba hecho, lo había logrado.

¿Dónde estará todo eso que la gente dice ver cuando cruza la meta del maratón?, yo solamente sentía mucho alivio por no tener que seguir corriendo un solo metro

más, mientras solemnemente me juraba para mis adentros no volver a correr una maratón en lo que me quedase de vida.

Entonces empezaron a aparecer los miembros de La Secta que habían llegado antes, uno me ofrecía una cerveza, otro una manzana, otra una raja de melón... todos la enhorabuena, abrazos y besos mientras yo únicamente pensaba en sentarme en cualquier sitio para descansar.

Lo hice sentándome derrengado sobre el bordillo de la acera vigilado por la diosa Cibeles, justo entonces apareció Lola que me había visto entrar en meta y de allí venía a la carrera, lógicamente preocupada por el (lamentable) estado en que me había visto cruzar la meta.

No pude ni levantarme para saludarla, se agachó a mi vera y abrazado a ella lloré sin poder contener la emoción, al fin liberado de tantas tensiones.

Según me contaron después estaba de color verde, ¡toma, claro!, ser del Betis Balompié tiñe.

DONOSTIAKO MARATOIA

4 de noviembre de 2002

San Sebastián

De nuevo abducido por el espíritu de Filípides y plenamente integrado en la órbita maratoniana de La Secta, me decidí por San Sebastián como maratón de otoño; los maratonianos somos como la moda, tenemos temporada de primavera, verano, otoño e invierno, como suele decirse hay más maratones que domingos.

Antes de seguir debo reconocer que recuerdo poco de esta maratón, apenas pequeños detalles sueltos y que, al acabarlo, me sentí el rey del mambo porque conseguí terminarlo en un buen tiempo para mis condiciones psicofísicas, batiendo el registro anterior y sin haber sufrido el temido muro en ningún momento.

Una vez asumido que no habría segunda edición de la Millenium Maratón de Madrid en la que poder hacerme con la preciada chaquetilla verde con ribetes blancos de la primera, afronté la maratón de San Sebastián como la continuación natural de mi proceso de conversión.

Terminas una maratón, juras que nunca más habrá otra, a los pocos días alguien cercano comenta «¿habéis oído hablar de la maratón de...?», empiezas a darle vueltas a la idea en la cabeza y cuando quieres darte cuenta estás inscrito y comenzando un nuevo plan de entrenamiento.

A lo largo del viernes previo fuimos llegando a San Sebastián los componentes más viajeros de La Secta para alojarnos en el moderno hotel Anoeta, frente por frente del estadio del mismo nombre dónde juega sus partidos de fútbol la Real Sociedad, lugar de salida y llegada de la maratón donostiarra.

El día D, muy temprano y todavía de noche cerrada, deambulábamos por las cercanías del hotel esperando con nervios y tensión el momento que dieran la largada; para combatir el frío trotábamos un poco, intentando en-

trar en calor; se trata de una carrera a dos vueltas y cuarto, por lo que la primera tenía que servirnos para estudiar el recorrido y afrontar la segunda con la esperanza de que, cuando empezasen a flaquear las fuerzas, el conocimiento del terreno nos ayudase.

La primera vuelta discurre sin novedad, de nuevo me emparejo con Gonzalo para ver si mejoramos nuestro estreno madrileño; el circuito es llano y rápido, pero el tráfico no está cortado y discurre en paralelo a la carrera, por lo que debemos compartir asfalto en desigual lucha contra coches y autobuses (y sus asfixiantes humos) con lo molesto que resulta para correr tranquilo y relajado, odio este tipo de recorridos urbanos.

A partir de la universidad el trazado se nos atraganta a la mayoría, se hace duro, inhóspito y el tráfico lo empeora más si cabe; para darnos la puntilla se trata de un tramo de doble sentido, los que todavía vamos nos cruzamos con los que ya vuelven; avanzamos en silencio, deseando salir de esa ratonera cuanto antes pero dura una eternidad, solo queda saber sufrir y tener paciencia.

Durante la segunda vuelta espero ansioso el momento previsto del encuentro con nuestro grupo de seguidoras que se produce en pleno paseo de la Concha, cruzo con Lola un breve «¿qué tal vas?», «bien, gracias», «¿seguro?, no sé yo…», el cansancio acumulado no se ha hecho esperar y solo de pensar en el nuevo paso por la universidad empiezo a temblar como un flan pero ¿para qué preocuparla?

Superado a duras penas y por segunda vez el trance universitario, parecemos soldados del ejército francés batiéndose en retirada de la batalla de Waterloo; el público apostado en el paseo grita enfervorizado a nuestro paso «¡Oso ondo, oso ondo!» que, en el fragor del momento y

sin conocimientos mínimos de euskera, interpreto incorrectamente como «¡Ossorno, Ossorno!»; impulsado por el griterío, ¿cómo diablos sabrán mi apellido? me preguntaba extrañado, sin saber que traducido al castellano significa «¡Muy bien, muy bien!».

En algún punto del recorrido se ha quedado rezagado Gonzalo porque no ha podido seguir el ritmo previsto; nuestro plan original consistía en correr juntos mientras pudiésemos para, a partir de ese momento, seguir cada uno a lo suyo, porque a la hora de la verdad la maratón es una carrera individual.

Los kilómetros previos al estadio de Anoeta los recorro a buen paso, experimentando la misma sensación que los caballos cuando tras su paseo diario huelen la cercanía del establo; aunque estoy cansado me sorprende lo bien que me encuentro, además he conseguido darle esquinazo al pesadísimo tío del Mazo que no ha dejado de perseguirme intentando arrearme un estacazo.

En las calles el gentío es numeroso, animando con generosidad y entusiasmo, haciéndote saber que aprecia tu esfuerzo y tenacidad; gracias a ellos y a la renovada fuerza que generan, su desinteresado apoyo parece llevarme en volandas por las bonitas calles donostiarras, con el vello electrizado y sintiéndome fuerte.

Me emociono al entrar en el impresionante estadio de Anoeta, significa un premio supremo al esfuerzo que estamos haciendo todos los participantes; durante los tres cuartos de vuelta triunfal sobrevolando la pista de atletismo, siento un subidón de la moral que se me mete por los ojos y con el lagrimeo resultante casi me que quedo sin ver mi propia imagen proyectada en la pantalla gigante del recinto.

Apenas cruzada la meta me esperaban Lola y los amigos de La Secta, puede que en ese mismo momento, entre parabienes, besos, abrazos y una exultante alegría por la buena carrera realizada, ya se colase por alguna recóndita rendija del cerebro la idea de repetir el año siguiente.

UNA TIRADA MUY LARGA

27 de abril de 2003

Madrid

Por segunda vez en menos de un año me sitúo en la línea de salida del MAPOMA, que es como se conoce en el mundillo deportivo a la Maratón Popular de Madrid aunque ahora, debido a los necesarios patronazgos económicos, la hayan rebautizado como EDP Rock & Roll Marathon, que quedará muy internacional pero no es lo mismo, de ahí que en nuestra cabeza no termine de cuajar la nueva denominación atlética.

Esta vez quiero afrontarlo sin pretensiones de ningún tipo ya que, en menos de un mes, disputaré la maratón internacional de Praga y lo único que pretendo hacer hoy es un ensayo general, lo que conocemos como tirada larga previa a la maratón y la ocasión la pintan calva.

Claro que una cosa son mis pretensiones deportivas y otra muy distinta lo que termina ocurriendo, como suele decirse «el hombre propone y Dios dispone», sobre todo si corres con el Gran Grupo Garabitas con el inefable doctor Francisco Gilo al frente.

Salimos con la debida tranquilidad, hay que calentar sobre la marcha y sin prisas, dejar que el motor empiece a carburar antes de exigirle mejorar sus prestaciones, porque esto es largo, muy largo; le digo al pediatra más famoso del mundillo de las carreras «Paco, iré con vosotros hasta la facultad de Medicina, allí bajaré al metro para coger la línea 6 y adiós muy buenas»; en ese momento no supe interpretar el irónico gesto que utilizó como única respuesta, los médicos tienen fama de escribir con mala letra, no necesitan ser expertos pendolistas para escribir recetas, pero tendría que haberme dado cuenta de que también saben poner cara de póker.

Hasta la facultad, aproximadamente el kilómetro veintisiete de carrera, no recuerdo nada especial salvo los numerosos grupos de franceses disfrazados, las atracciones

musicales que amenizaban la espera del público y otras distracciones por el estilo; me siento fuerte y me resulta cómodo seguir el ritmo lento marcado por un grupo que se mantiene unido por lazos invisibles, de buen humor y preparado contra las adversidades que sin duda acabarán llegando aunque ahora nadie piense en ellas, todavía es pronto para eso.

Pero en el momento en que inicio el protocolo previsto de despedida me sujetan entre Paco y Lucas Alonso Lobo para que siga con ellos, en principio me resisto «vamos chicos, venga, que tengo una maratón en tres semanas y quiero llegar en buena forma», mi protesta no sirve de mucho porque ante su insistencia acabo cediendo, cuando quiero darme cuenta la boca de metro ha quedado muy atrás y la idea de dejarlo me ha abandonado por completo; seguro que con mayor experiencia no hubiera seguido pero entonces, todavía novato, metido en harina, con fuerza de sobra y rodeado de tan buenos corredores, no supe ni pude negarme.

Los quince kilómetros que todavía nos quedaban por delante resultaron tranquilos y sin complicaciones; al paso por la siempre difícil Casa de Campo, el Mago Pepo se sitúa al frente del pelotón —a estas alturas otros corredores se han unido a nosotros viendo el ambientazo que reinaba en el grupo— y, corriendo de espaldas a la carrera, ejecuta unos cuantos trucos de magia «nada por aquí, nada por allá...».

Con la boca abierta vemos como saca un pañuelo de la oreja de un corredor o ejecuta juegos de cartas en movimiento; a un niño del público le hace un truco en dos segundos, «¿cómo es posible si solo lleva una camiseta de tiras, de dónde saca todo eso?», en fin, magia potagia.

A la salida del enorme parque, a medio camino entre lo urbano y lo rural, un par de corredores del grupo, Nacho y Julio, empiezan a tener dificultades, se estrenan hoy en maratón y el implacable tío del Mazo acaba de poner su aviesa mirada en ellos viéndolos víctimas propiciatorias; a su inmediato rescate acudimos el resto del grupo rechazando sin contemplaciones al malvado depredador que huye despavorido poniendo los pies en polvorosa; animados, empujados diría yo, por unos y otros conseguimos que suban desde el río Manzanares hasta la glorieta de Embajadores.

Incluso le buscamos madrina de bautizo a Julio, se trata de una guapa chavala del público que, viéndolo con la mirada perdida y carita de cordero degollado, decide acompañarlo durante unos metros ante el pasmo y preocupación de sus padres, «tranquilos señores, es una urgencia, ahora mismo se la traeremos de vuelta sana y salva».

Atocha es la antesala del objetivo cumplido (no el mío que solamente quería correr una parte y retirarme), allí empieza la tan temida por todos zona de adoquines que en su día hizo famosa la llegada de la, probablemente, maratón en ruta sobre asfalto más dura de España, a lo lejos ya se vislumbran los arcos de llegada, el gentío que se agolpa a cada lado del recorrido gritando y animando es una sensación estimulante que consigue ponernos la piel de gallina.

Arropamos a los dos novatos en sus últimos metros de sufrimiento para, unidos y con los brazos en alto, cruzar exultantes la línea de meta. Alguien, supongo que la organización, inmortalizó el momento de la emotiva llegada y arrinconada en algún cajón conservo olvidada aquella foto.

Por una vez no soy yo quién llora sino quién consuela, llorar a moco tendido al terminar una maratón es un sentimiento noble y liberador que conozco bien; la causa de los lloros es el desfondamiento físico que se produce al terminar, llegas tan exhausto que no puedes, no quieres, ni sabes dominar las emociones.

Entre el público que espera impaciente y preocupado la llegada de los suyos, aparece una sorprendida Lola para decirme «¿Santi, pero... tú no ibas a retirarte en Medicina?», «ya ves Lola, no me han dejado estos señores, pero tranquila porque me encuentro perfectamente».

Charlando sobre lo divino y lo humano, volvemos andando hasta nuestra casa cruzando el parque del Retiro, cogiditos de la mano como si en vez de una maratón viniéramos de darnos un paseo dominical; a la llegada nos espera un delicioso, recuperador y bien ganado cocido madrileño y no quiero hacerle esperar.

MUSCULUS SARTORIUS

18 de mayo de 2003

Praga

Toda la vida sin tener el gusto de conocernos y tuvo que ser precisamente durante la maratón cuando nos presentasen, hasta entonces no era consciente de que incluso un tipo como yo tenía músculos y mucho menos de nombre tan raro, como de aguerrido gladiador romano.

Sin entrar en detalles médicos que desconozco, puedo decir ahora que el simpático sartorio es el músculo más largo del cuerpo humano, nace en la cadera y desemboca en la tibia insertándose en ella justo por debajo de la rodilla, formando parte de la temida pata de ganso junto a otros dos amiguetes: el recto interno y el semitendinoso.

Por una de aquellas casualidades de la vida, Fernando supo de su existencia a la vez que un servidor; juntos llegamos a la capital checa y juntos corrimos la maratón mientras los cuerpos se mantuvieron en silencio muscular, pero en cuanto el mío se puso a charlar y más tarde a gritar y darme voces, no hubo forma de hacerlo callar y nos separamos.

Pero no adelantemos acontecimientos, el viaje a Praga fue nuestro estreno internacional en esto de las maratones; como no podía ser menos, acudimos a la cita bien preparados y dispuestos al trabajo duro; Fernando se había ofrecido a acompañarme y marcarme el ritmo, lo que en lenguaje corredor se conoce como hacer de «liebre» y yo acepté por aquello de intentar bajar de las tres horas y media que es la ambiciosa meta que me propuse y finalmente no pude conseguir,

El día de la maratón llegamos pronto a la famosa plaza de la ciudad vieja o Staré Mesto, que es dónde los checos sitúan tanto la salida como la meta; junto a miles de personas llegadas de todas partes admiramos el famoso reloj astronómico con sus figuras animadas, convertido en

una atracción turística de primer orden; bastante más animados que las figuras del reloj estábamos los participantes, esperando ansiosos la orden de empezar.

De esta maratón escribí una extensa crónica en su día que no he podido recuperar, de modo que no he tenido más remedio que rescatarla a trompicones de la memoria; dadas las circunstancias, y exagerando un poco, ha sido un reto casi tan grande como en su día significó correrla.

Recuerdo que los primeros kilómetros discurrían por el centro histórico de la ciudad, había que tener mucho cuidado para no meter los pies en los raíles del tranvía y de no tropezar con los adoquines que sobresalían del suelo a cada paso; señores praguenses, una cosa es mantener la tradición urbanística y otra tener las calles manga por hombro, digo yo que algo podrían hacer para mantener juntos los adoquines para que no se muevan.

Enseguida entramos en una autovía cuyo trazado se alejaba de la ciudad avanzando en paralelo al río Moldova, de abundante caudal de aguas marrones por las que algunos piragüistas de fornidos brazos seguían la carrera; a mí el trazado no me gustaba nada, pero reconozco que es idóneo para correr sin tener que pensar: llano, rectilíneo, casi sin curvas, pero demasiado aburrido... yo que pensaba hacer turismo durante la carrera.

El medio maratón se situaba en el único punto en alto del recorrido, en la cima de un cerro al que se ascendía por una carretera que atravesaba la frondosa vegetación de un tupido bosque, desde allí se bajaba de nuevo a la aburrida autovía dejando ahora el río a nuestra derecha.

Fernando me pregunta que tal voy, «bien, no te preocupes», «vamos claramente en el ritmo que hemos entrenado, a este paso lo conseguiremos». Con frases de este

corte llegamos al kilómetro treinta, en el que —seguramente enviado en mi busca y captura por el tío del Mazo— apareció como de la nada el músculo sartorio; fue un encontronazo en toda regla, de golpe y porrazo me estampé contra el muro y empecé a ver las estrellas y el firmamento completo.

Intento estirar los cuádriceps para ver si se van las molestias, pero el remedio resulta peor que la enfermedad, un tirón tremendo me sacude como un látigo la pierna derecha desde el talón y llega hasta las orejas «¡Ay, Fernando, que algo se me ha roto en alguna parte!».

Hasta el kilómetro treinta y cinco tengo que ponerme a andar varias veces, en cuanto intento trotar el dolor se recrudece. Fernando, viendo que no lo vamos a conseguir, intenta animarme para continuar pero no hay forma, el bendito musculus sartorius ha dicho que hasta aquí hemos llegado y se niega a colaborar.

Consigo convencer a Fernando para que continúe en solitario, no sin antes prometerle que voy a llegar a meta aunque sea a la pata coja; en cuanto se aleja, aparece ante mis ojos una mesa repleta de plátanos troceados, se me altera la visión periférica y me tiro en plancha sobre por ellos, a mi lado Carpanta parecería un becario.

Con el potasio ejerciendo su función revitalizante vuelvo a retomar el trote y el dolor se hace menos insoportable; de nuevo entramos en la capital de Bohemia atravesando el puente Carlos que es uno de sus símbolos; sorteando las mismas vías y adoquines del principio consigo llegar a la ansiada meta en la plaza entre los ininteligibles ánimos del distinguido público, dices tú del euskera, ¡pues anda que el checo...!

Plantado bajo el reloj astronómico de la plaza me da por filosofar —cuando uno está agotado puede pensar cual-

quier cosa— con lo que ha pasado durante la mañana, las figuras animadas del reloj son alegorías que representan a la Vanidad, la Avaricia, la Muerte y la Lujuria.

Podría afirmarse, de forma metafórica, que durante la carrera he pasado por las tres primeras y no ha acabado como pensaba; siguiendo con la metáfora, preferí reservar la cuarta alegoría para los días que nos quedaban visitando Praga, antigua ciudad cuyo casco histórico es Patrimonio de la Humanidad, entregados a sus monumentos y placeres terrenales, buena comida y excelente cerveza a precios asequibles; de ambas pudimos dar cuenta en abundancia sin que el músculo de marras volviese a decir esta boca es mía.

De vuelta en Madrid me informaba el doctor Garabitas que habíamos tenido el inmenso placer de conocer a don Sartorio: el músculo más largo del cuerpo humano. Pero, vamos a ver Paco, que yo me entere, ¿ese no era el tello?

Quede claro que el gusto fue solo suyo.

Nota: Según el doctor Paco Garabitas, el tello es un músculo que llega desde la «polla» (con perdón) al cuello.

CHIRIMIRI

23 de noviembre de 2003

San Sebastián

Dispuesto a no descubrir nuevos músculos desconocidos en plena carrera, La Secta se presenta un año más en Donostia San Sebastián; la ciudad nos recibe con el cielo encapotado con negros nubarrones que presagian tormenta y lluvia, esperemos que no afecten demasiado al desarrollo de la carrera el domingo pero esto es el Norte.

Tras la grata experiencia del año anterior, repetimos estancia en el hotel Anoeta; como el ansia viva nos puede, lo primero que hacemos nada más dejar las maletas en la habitación es acercarnos a la feria del corredor, situada en un frontón cercano, para recoger los dorsales y empezar a empaparnos —ironías aparte— del ambiente.

Cumplida sin novedad la principal preocupación de la tarde, tocaba acometer la segunda: buscar un buen restaurante para cenar, algo que en San Sebastián es de lo más aconsejable y no se debe perdonar bajo ningún concepto porque no solo de carreras vive el hombre.

El día de la maratón amanece frío y lluvioso, el calentamiento previo consiste en encontrar resguardo bajo algún alerón en el que refugiarse del mal tiempo; nos encontramos con unos buenos amigos santanderinos que, acostumbrados como están a las inclemencias climatológicas, no le dan mayor importancia al vendaval, pero los de la meseta central somos de secano y estamos cada vez más preocupados.

Empieza la carrera a la hora prevista, aquí el agua cae libre como el viento, forma parte indisoluble del entorno, pero milagrosamente deja de llover; los primeros kilómetros los hago con Juanfran Bezón, un compañero de trabajo que, aunque se estrena en maratón, ha llegado en plena forma, fino y fuerte, tanto que pronto decido que mi ritmo tiene que ser otro si pretendo llegar a meta y, exhibiendo la clásica excusa aprendida de mis mentores

deportivos de los Garabitas, le digo «sigue tú que se me han soltado los cordones, ahora te cojo» y nos despedimos, «agur».

Es el mismo recorrido del año pasado y el tráfico continúa abierto y campando a sus anchas a medida que la mañana avanza y con ella la carrera; de nuevo con el doble paso por la zona universitaria de tan malos recuerdos, así que bajo un poco el pistón por si acaso, si es necesario ya correré más deprisa cuando enfilemos el paseo.

Antes de llegar a la media maratón empieza a llover por llamarlo de alguna forma, porque aquello resulta ser un chaparrón digno del Diluvio Universal; toca tomarse las cosas como vienen y resistir las inclemencias, a pesar de llevar guantes de lana siento las manos congeladas.

Acabada la carrera nos enteramos de que las chicas se habían refugiado de la borrasca guipuzcoana en una cafetería de la Concha para entrar en calor ante la adversidad climatológica, por lo que no estaban esperándonos dónde se suponía deberían estar; a mi esta situación me produce un bajón de moral pasajero porque es un aliciente que llevas programado en la cabeza y cuando el deseado encuentro no se produce...

La lluvia arrecia de lo lindo, a pesar de lo cual en las calles más céntricas hay numeroso público animando nuestro paso; los veo sosteniendo los paraguas y aguantando el chaparrón como si nada y me digo que si ellos están al pie del cañón yo no puedo ser menos, aunque me esté entrando complejo de hombre rana.

A medida que vas devorando kilómetros bajo el maremoto, llega un momento en que te olvidas de la tromba de agua que está cayendo y solo piensas en concentrarte para hacer lo mejor posible lo que has venido a hacer, incluso puedes llegar a descubrir, no sin sorpresa, que te

gusta correr bajo la lluvia, total, una vez al año no hace daño y para nosotros representa una novedad.

Aunque parezca increíble todavía podía llover más fuerte, durante los últimos cinco o seis kilómetros se desata un temporal en toda regla y una verdadera galerna cantábrica se cierne sobre nuestras cabezas; la visera de la gorra ya no da abasto para desalojar los chorros de agua que está recibiendo, casi unas cataratas que anegan los ojos, pero a estas alturas de la película el agua no me va a detener, no podrá conmigo, corro con el piloto automático activado, con el único pensamiento de llegar cuanto antes a meta.

Recuerdo con nostalgia la entrada del año pasado en el estadio, en esta edición hemos tenido la mala suerte de que coincidiese la maratón con un partido de liga entre la Real Sociedad y el Real Madrid y no habrá estadio para nosotros, el negocio del fútbol puede con todo; a cambio la entrada está situada en un antiguo campo de entrenamiento colindante con el estadio de Anoeta, una vetusta pista de atletismo con grada lateral.

Desde la curva de entrada a la pista veo a las chicas a cubierto en las gradas, cuánto mérito tiene estar allí esperando a que lleguemos con la que está cayendo; al cruzar la línea de meta observo con sorpresa y creciente indignación que no hay prácticamente nadie de la organización para recibirnos, cada voluntario se ha cobijado dónde buenamente ha podido, pasando totalmente de nosotros, solamente aguantan a pie de pista los imprescindibles para entregar las medallas de finalista y algún que otro despistado más.

En esas estaba, maldiciendo a la organización, parado y de pie bajo el aguacero con los brazos en jarra, cuando aparece Lola con su sonrisa, un paraguas salvador y algo

de alimento; viendo la espantada organizativa que nos ha abandonado a nuestra suerte, decidimos que lo mejor será irnos directos al hotel, a darnos un baño caliente y prepararnos para acudir a Elutxeta Sagardotegia, un restaurante tradicional (sidrería) ubicado en los montes de Hernani y Urnieta dónde, por segundo año consecutivo, celebraremos haber terminado una nueva maratón.

No dejó de llover ni un solo momento durante el resto de la tarde, pero recompuestos físicamente y a resguardo de las inclemencias del tiempo nos dimos el homenaje gastronómico que sin duda nos habíamos ganado por la mañana.

Judiones de Tolosa, tortilla de bacalao, chuletón de buey y arroz con leche, un clásico de las sidrerías donostiarras; espléndido menú de recuperación física y mental tras el tremendo esfuerzo que ha exigido poder terminar esta carrera.

MARATON BISIESTO

29 de febrero de 2004

Sevilla

De todas las maratones que no recuerdo con precisión milimétrica, esta se llevaría la palma; escribí una extensa crónica en su día y ahora que la necesito para incluirla en el libro no la encuentro, por lo que tendré que recurrir a la memoria, confiando en no haberla perdido del todo.

Recuerdo con claridad que el plan original consistía en acompañar a Eduardo Biurrun y Gonzalo hasta la media maratón a un ritmo de cinco minutos por kilómetro, ni un segundo más ni un segundo menos; en ese punto me estaría esperando Lola, tomaríamos un taxi y nos presentaríamos en el flamante estadio de la Cartuja para verlos llegar cómodamente sentados en la grada.

Nada más darse la salida, y tal vez algo agitados por la adrenalina, Fernando y Javier Zarzuela (que iban a escoltarnos unos kilómetros al principio) se olvidan de estrategias previas y se separan de nosotros a toda mecha; en menos que canta un gallo dejamos de verlos, de modo que el trío tendrá que buscárselas por su cuenta; poco a poco van pasando los kilómetros hasta que Gonzalo decide que no se encuentra bien y se retrasa, Eduardo y yo seguimos adelante según el plan.

Llegados al punto previsto para la separación me dice Eduardo «hombre Santi, no irás a dejarme solo ahora... anda sigue conmigo hasta que te canses»; sin pensármelo dos veces acepto la propuesta e informo debidamente a una sorprendida Lola que ya empieza a acostumbrarse a mis espantadas «mira, vete tú sola en taxi al estadio y allí nos vemos», se ve que soy fácil de convencer.

Lo que ocurrió después es que no terminaba de cansarme y, sin comerlo ni beberlo —los que dicen conocerme piensan que la falta de presión competitiva me prestó las alas que otras veces se me han negado—, llegamos al estadio casi en el tiempo objetivo; bueno, nos retrasamos

un minuto y pico debido a que la liebre oficial que íbamos siguiendo pilló una buena pájara por el camino y cuando quisimos reaccionar íbamos por el kilómetro treinta y cinco y ya era demasiado tarde, pero estuvimos a punto de conseguirlo; una verdadera lástima porque carreras perfectas salen pocas en la vida de un maratoniano y no hay que desaprovechar la ocasión cuando aparece.

Una vez cruzada la meta y recibida la medalla acreditativa, me entró la congoja habitual y estuve llorando un buen rato hasta que llegaron las chicas y con sus sonrisas y abrazos se me fue pasando la llantera; no era para menos, acababa de concluir la que, al cabo de los años, recordaré como la mejor marca en maratón de mi vida.

¿Entrenamiento, buena cabeza, suerte, ausencia de presión, fuerza, alineamiento de las estrellas, azar, la dirección experta de Eduardo, día bisiesto...?, quién sabe, el caso es que lo hice casi sin enterarme y sin necesidad de consultar el cronómetro ni una sola vez porque corría con Eduardo que lo lleva incorporado de serie.

Recuerdo que, pocos días después, concretamente el 3 de marzo, ABC de Sevilla publicó un artículo de Manuel Ramírez Fernández de Córdoba que incendió los foros, no tuve más remedio que escribir al diario pero no creo que lo publicasen; incluyo ambas intervenciones para dejar patente la apasionada relación de amor-odio que mantenemos los ciudadanos corredores con el resto de los ciudadanos, sobre todo los días de carrera.

Escribía Ramírez:

«El domingo pasado cogí el coche para ir a República Argentina. A la calle, no al país hermano, aunque hubiese tardado menos, pero no me acordé de que estaba cerrada por el Metro y me vi obligado a hacer una ruta alternativa.

Total, pensé, quince minutos y ya mismo estoy allí, que un Metro bien vale un cuarto de hora, Pero hete aquí que ese domingo había maratón. Es decir: Tres o cuatro que corren una *jartá* y lo ganan y tropecientos mil que corren muy poco y pierden siempre, porque abundan los gordos perfectamente equipados con su felpa para el sudor y los michelines colgando y el tráfico desviando.

Llegabas a una calle y te decía el municipal que a la vuelta lo venden tinto; te ibas a otra y ésta te devolvía a la misma. Ya *jartito*, tiré por la 830 camino de Huelva y, ya puesto, me di una vueltecita por Portugal para hacer tiempo hasta que se cansaran los gordos y ganaran los flacos, comprando toallas para volver por Badajoz y llegar, ya serían las claritas del lunes por la mañana, hasta mi casa.

Vaya haciéndose la idea de lo que nos queda por coger de sofocones hasta que cojamos el Metro. No se ponga así, que le puede dar algo, Total, sólo va a ser cuestión de unos pocos de años...».

Le contestaba un servidor:

«Señor Ramírez:

Atribuido a su intelecto y clarividencia esta mañana he podido leer su ácido comentario en ABC, algo que no me extraña por venir de antiguo este tipo de ataques; amparados en la libertad de expresión, otros antes que usted –como D. José María Guelbenzu en otro periódico nacional— han dedicado su corrosiva prosa a fustigar desde una tribuna de prensa a los, sin duda, muchos menos de tropecientos mil que en esta piel de toro nos dedicamos a hacer deporte como alternativa al sedentarismo y otras actitudes también perjudiciales para la salud y la mente.

Verá usted, sin entrar en descalificaciones personales, preferiría hacerle saber de primera mano mi opinión ya

que soy uno de esos que corren muy poco y pierden siempre, si bien no podrá acusarme de gordo, ni de usar felpa, ni de acumular más michelines que los absolutamente imprescindibles, al menos hasta que me conozca.

Soy sevillano de nacimiento y madrileño de adopción, tengo casi cincuenta años y un aspecto digamos que sano, aunque sin estridencias. A pesar de mi condición de corredor aficionado, o popular como se dice ahora, para preparar esta mi sexta maratón llevo 4 meses siguiendo un plan de trabajo riguroso, pagándome la fisioterapia de mi bolsillo, comprando cara ropa deportiva de mi bolsillo —nada de felpa caballero, solo el mejor Dry Fit—, cuidando la alimentación de mi bolsillo, en una palabra, sacrificándome y dejándome por el camino una parte del salario que percibo por trabajar las ocho horas diarias reglamentarias.

Entre semana, haga frío o calor, utilizo el tiempo de la comida para practicar en un parque público mi deporte favorito, para ello pago de mi bolsillo una cara entrada a un gimnasio municipal del que solamente utilizo vestuario y duchas porque no dispone de instalaciones deportivas adecuadas para hacerlo dentro de sus límites.

Entre otros gastos que no refiero para no extenderme demasiado, para ir a correr por Sevilla la mañana del domingo pasado he tenido que pagarme la ida y vuelta del AVE (92 euros), un hotel en el barrio de la Macarena (149 euros), la cena del viernes (29), la comida del sábado (30), la cena del sábado (30) y la comida del domingo (25). En el fin de semana en Sevilla he tomado no menos de diez taxis para diversos desplazamientos (unos 60 euros más).

Conmigo han venido otras nueve personas, entre amigos corredores y acompañantes, cada una de las cuales

ha desembolsado de su bolsillo una cantidad similar; solo los inscritos éramos cerca de tres mil gordos sudorosos y perdedores que sumar a los cuatro que corren una *jartá* y que seguramente estaban allí invitados por la organización con todos los gastos pagados; todo ese dinero se ha quedado en la ciudad, luego algo de negocio habrán hecho ustedes con nosotros, los sudorosos perdedores que cortamos el que supongo será fluido tráfico sevillano otro domingo cualquiera.

Por si fuera poco, el ayuntamiento nos ha cobrado casi catorce euros por una inscripción que nos da derecho a correr sobre el asfalto sevillano entre las 0900 y las 1400 horas con el tráfico perfectamente cerrado por razones que incluso usted podría entender de poner algo de su parte; nosotros hemos cumplido todos los requisitos y por tanto no nos sentimos culpables de nada, hemos corrido una carrera de pago Sr. Ramírez, debería usted protestar en otra ventanilla.

Como ciudadanos sentimos las molestias ocasionadas a otros ciudadanos por causa de nuestra prueba deportiva, pero este tipo de actos engrandecen a las ciudades que los acogen y alguna molestia conllevan como es normal dada la naturaleza del evento; he tenido oportunidad de correr fuera de España y no solamente no nos consideran gordos que corren muy poco y siempre pierden, sino que nos ponen como ejemplo a seguir y nos cuidan señor Ramírez, a base de bien.

Este evento ha dejado muchos euros en las arcas municipales y empresariales de la ciudad, dinero que de otra forma no se hubiera recaudado porque una gran mayoría de los participantes no tenemos la suerte de vivir en Sevilla.

Eso sí, con lo recaudado el ayuntamiento no tuvo a bien organizar la vuelta a la ciudad desde el estadio olímpico por lo que después de correr la maratón, ¿sabe usted que distancia se recorre?, tuvimos que volver a los hoteles en el coche de San Fernando, gracias a lo cual pudimos eliminar algún gramillo extra de grasa que todavía nos quedaba pegada entre las costillas.

A usted, sin embargo, lo único que se le ocurre es ponernos de vuelta y media con la excusa de una supuesta gracia sevillana de la que carece por completo, más allá de utilizar la palabra «jartá» que a mí en concreto no me hace ni pizca de gracia; puedo comprender que usted escriba lo que se le pase con tal de rellenar su columna y cobrar el estipendio, incluso que utilice su púlpito de prensa para comunicar su desdén para con nosotros los deportistas perdedores, gordos y sudorosos; a quién no puedo entender es al responsable de ABC que haya consentido su publicación, ¡enhorabuena a los dos!, ¡joder macho, qué graciosos!

De su ecuanimidad y la del responsable espero leer un artículo similar, en el mismo tono y en el mismo periódico, al que nos ha dedicado a los corredores a propósito de otros festejos que probablemente corten el tráfico sevillano más de una mañana al año, me refiero a la Feria de Abril o a la Semana Santa. Eso por no hablar de las consecuencias sobre el tráfico y la libertad de movimientos de las personas ante cualquier Betis-Sevilla o la corrida del siglo, claro que a lo mejor ahí no quiere usted entrar a opinar por habérsele agotado el tintero de la *grasia*.

En último caso podría usted haber opinado sobre la responsabilidad municipal como organizadora del evento deportivo en lugar de meterse con unos conciudadanos que aparte de ser negocio para su ciudad, adquieren,

mediante el pago de un dorsal, el derecho a recorrer libremente sus calles sin riesgo de ser atropellados por cualquier civilizado conductor que, molesto con el atasco que producen unos gordos desalmados, le impidan llegar a tiempo de comprar el pan y el periódico.

A pesar de mi condición de sevillano, lo cual se supone debe hacerme gracioso de nacimiento, y desde luego como corredor, lo cual me convierte en un indeseable para el tráfico rodado dominical, su artículo no me ha hecho ni puñetera gracia, es que no la tiene oiga, lo coja por donde lo coja, ¿qué quiere usted que le diga?

Se comenta por aquí que es usted comentarista taurino, bien podría escribir un artículo similar sobre los cortes de tráfico durante los sanfermines navarros y animarse a publicarlo el próximo 7 de julio, en la edición navarra de ABC, si es que la tuviera o tuviese, siempre y cuando su redactor jefe lo autorice. En Pamplona a lo mejor aprecian en su justa medida su particular salero andaluz y no le cortan a usted allí mismo las dos orejas y el rabo.

Señor Ramírez, hay cosas que no tienen la menor gracia, pero pueden comentarse con ella, ironía —fina o gruesa— se llama la figura, pero su comentario no puede servir de ejemplo. Transmita mis respetos al responsable y cómprense ambos unas bambas, el deporte es sano a pesar de que colaboraciones como la suya pudieran hacer pensar que lo mejor sería tumbarse a la bartola.

Y recuerde que se trataba de una maratón popular y no de los Juegos Olímpicos, por eso es normal que hayamos participado el pueblo llano a pesar de nuestra sudorosa gordura de eternos perdedores y no solo los grandes atletas de los que sin duda estamos sobrados en esta tierra y de los que como corredor me siento orgulloso.

¡Ea, a mah vé!».

Seguramente mi respuesta haya sido extensa y algo exagerada, pero cuando uno acaba de terminar una maratón desarrolla un sensibilidad muy picajosa contra nuestros detractores que en otras circunstancias no siente; no recuerdo si el periódico la publicó, supongo que no, pero de aquel día bisiesto siempre me quedará el recuerdo de que corrí como si yo mismo fuera uno de esos tres o cuatro que corren una *jartá* y lo ganan.

CINCO PUENTES

7 noviembre 2004

Nueva York

Desde el acristalado balcón del último piso del Empire State Building, uno de los puntos más altos de la Gran Manzana, a no sé cuantos metros de altura pero muy cerquita del cielo, se disfruta hoy de una excelente visibilidad de veinticinco millas que, sin moverte del sitio, permite recorrer a vista de pájaro cada uno de los cinco distritos que conforman la ciudad: Staten Island, Brooklyn, Queens, Bronx y Manhattan.

A lo lejos se distingue la majestuosidad inconfundible del puente Verrazano, una estructura metálica de impactante belleza que cruza la bahía de Nueva York para unir por el aire Staten Island con Brooklyn; desde allí arriba, contemplando la alargada y ondulante silueta del puente, retornan a mi cabeza los recientes y mágicos momentos vividos el domingo pasado.

Son las cuatro y media de la madrugada pero, entre el nerviosismo y el cambio de hora, soy incapaz de seguir metido en la cama ni un segundo más, apago el despertador antes de que suene para no molestar y miro, entre sorprendido y admirado, el vacío urbano que se observa desde la amplia ventana de la habitación del hotel, aunque parezca mentira ya pueden verse corredores caminando apresurados por la calle.

Según lo acordado, a las seis en punto me encuentro con Fernando en Cielo, una tienda coreana de comida rápida contigua al hotel que abre 24x7 en la que desayunamos a diario; damos buena cuenta de nuestro primer avituallamiento del día y cruzamos unas breves palabras sobre la carrera que nos espera.

A las 06:30, abrigados como para ir al Polo Norte, nos dirigimos andando hacia la cercana Biblioteca Nacional donde casi entramos en shock al ver a miles de corredores confluyendo sobre el mismo punto, «Fernando, creo

que vamos a tardar un año en subir al autobús», pero aquello estaba realmente bien organizado, parecíamos formar parte de un enorme y disciplinado hormiguero.

Nos situamos al final de una larga y ordenada fila de la que, en unos veinte minutos, fueron dando buena cuenta con precisión de relojero los más de seiscientos autobuses municipales que habían venido a recogernos para llevarnos hasta Fort Wadsworth, en Staten Island; tras una hora y pico de lenta procesión atravesando Manhattan y parte de Brooklyn, todo en perfecta armonía y sin oírse una palabra más alta que la otra, llegamos a las inmediaciones del fuerte.

Lo hacemos justo cuando daban la salida a los discapacitados, desde el autobús los vemos avanzando en sentido contrario en dirección a Brooklyn, son corredores con piernas artificiales, mancos, cojos, los más en sillas de ruedas de competición y, aunque parezca increíble, también de las que pueden verse por la calle; son corredores con serios problemas físicos, pero con un corazón y una determinación que se adivinaban tan grandes que la mera contemplación de su paso hizo que un escalofrío nos recorriese la espina dorsal, en el autobús algunos no pudieron reprimir lágrimas emocionadas, «Fernando —le dije—, para mí que esto va a ser la leche».

De inmediato empiezan a aflorar los primeros nervios porque la hidratación impone estrictas reglas de eliminación de líquidos y la duración del trayecto se ha alargado bastante; cuando por fin se abrió la puerta del bus salimos de estampida hacia los árboles más cercanos al borde mismo de la calzada; tras un fallido amago de prohibición, la policía tuvo que mirar para otro lado, estas cosas no están bien vistas pero, en ocasiones, la naturaleza nos impone un comportamiento indebido.

A la hora prevista ocupamos nuestro lugar entre las marcas de los dorsales 4000 al 4999, hace media hora que hemos dejado en las camionetas de UPS unas bolsas transparentes con nuestras pertenencias para recogerlas en línea de meta; ahora debemos deshacernos de la ropa extra, la que se tira a un lado en el último momento formando verdaderas montañas textiles.

Con nosotros está Carlos, un corredor del CDB Paris de Madrid, a quién por casualidad hemos encontrado en la amplia zona de espera y se anima a correr con nosotros porque asegura que él no ha venido a Nueva York a competir sino a disfrutar.

Calienta el sol mientras caminamos expectantes hacia la entrada del puente donde, en medio de un silencio sobrecogedor, una cantante entona a capella el himno del país anfitrión, el fervor de su canto consigue que los sentimientos broten a flor de piel, «Santi, estás aquí y no es un sueño, disfruta de este día», así es como, rodeado de gente de medio mundo y parte del otro medio, me emociono con tan sencillo acto colectivo y me sumo con fuerza al aplauso final.

Tras el atronador disparo de salida se encarga de ocupar el aire la voz inconfundible y prodigiosa del gran Frank Sinatra, deleitándonos con su «New York, New York» acompañado por un inmenso coro de corredores, a duras penas consigo mantenerme entero, se ve que con la edad me debo estar volviendo emotivo, espero que no sea perjudicial ni permanente porque hoy tengo que mostrarme frío y calculador.

Exactamente son las 10:10, llevamos levantados y danzando de arriba para abajo más de cinco horas y media y por fin ha llegado la hora de disfrutar de este deporte, a veces tan duro e ingrato; tras cuatro meses y pico de con-

cienzuda preparación, con el caluroso verano de por medio, veremos qué tiene previsto devolvernos la carrera a cada uno de nosotros.

Atravesar un puente gigante que se balancea lateralmente a nuestro paso es una sensación inolvidable, sobre todo para los que sufrimos vértigo patológico; la primera milla está situada en mitad del Verrazzano, un puente elevado que parece no tener fin; por suerte nos toca ir por el nivel superior que era mi preferido; por la aglomeración no se puede correr suelto, pero tampoco vamos de paseo y muy pronto llegamos a la segunda milla que ya hacemos en el tiempo previsto.

Iniciamos la Cuarta Avenida de Brooklyn, una calle recta, ancha, de cinco millas de largo, totalmente flanqueada por miles y miles de personas que arropan de forma increíble el paso de la marea de corredores con pancartas, gritos, silbatos, banderas, bandas de música, coros de iglesia, gente que te ofrece la palma de sus manos..., cuando las chocas algo mágico e instantáneo se establece entre ellos y tú, es difícil de explicar, pero ocurre.

Avenida adelante veo a lo lejos una camiseta de MAPOMA, me acerco y le pregunto «¿Hola, de dónde eres?», «De Potes», «¡Coño! ¿no serás el hermano del Morrosko...?», «Pues sí», lo era, se trataba de Nacho, el hermano de Morrosko que vive en la ciudad de los rascacielos; ya ves Yayo, al final encontré a tu hermano en medio de aquella vorágine multitudinaria; Fernando y Carlos no daban crédito a lo que habían visto «Santi, conoces a todo el mundo, ¿cómo puede ser?», «¡Bah, chicos, no tiene mérito, el mundo es un pañuelo!».

Acepto el plátano que me ofrece un crío solidario, le choco la mano, me sonríe y se vuelve orgulloso hacia sus padres, se le ve contento por su acción, a mí me hace feliz

y además me proporciona combustible adicional, «claro que sí, chavalote, lo has hecho muy bien, quizás algún día dentro de algunos años otro chico haga lo mismo por ti»; al poco decidimos aliviarnos en un solar, escondidos tras una valla publicitaria, porque hace mucho calor, estamos bebiendo agua sin parar y las vejigas están a punto de reventar.

Pronto llegamos a la Avenida Bedford dónde, si no recuerdo mal, las calles se estrechan y el calor del público se transmite a mayor velocidad y con fuerzas renovadas; durante unos minutos entramos los tres en una especie de trance maratoniano, las piernas se mueven solas por pura inercia, mientras la cabeza nos pide pararnos a un lado de la calle para animar a los demás junto a esta gente y disfrutar con ellos de la fiesta.

Nos alejamos de Williamsburg y de la zona judía de la milla undécima para poner al puente Pulaski en el punto de mira; del Pulaski solo recuerdo nuevas cuestas, el medio maratón —que pasamos por encima del tiempo previsto— y el sonido estremecedor que producían miles de pisadas sobre la estructura de metal; vamos muy enteros y disfrutando como nunca, ya apretaremos otro día que nos venga mejor; a partir del medio maratón hay una zona desangelada y solitaria de Queens que aprovechamos para volver a juntar mente y cuerpo, ya que en ese momento corrían por separado.

Dejamos atrás Greenspoint, el barrio donde se rueda la serie de los Soprano, para enfrentarnos al interminable puente de Queensboro, una enorme estructura de metal que sobrevuela el islote de Roosevelt; justo en su mitad se encuentra el kilómetro veinticinco y allí brindo un recuerdo andaluz a Enrique «Enri, Enca» que me lo pidió expresamente unos días antes; ya ves Enrique que me

acordé de ti y de nuestra Sevilla, en 2005 llegarás al estadio de la Cartuja y obtendrás el merecido premio.

Sobre el férreo puente las fuerzas casi me abandonaron debido a la dureza de su interminable rampa ascendente; Carlos va tan entero que se pone a cantar a voz en grito una conocida canción norteamericana que se acompaña con palmas; a nuestro alrededor se forma una algarabía, subíamos la cuesta hechos polvo pero siempre te queda algo de calderilla para cantar, todos agradecen el gesto de Carlos, a quién en algunas partes de la canción le faltaba aire en los pulmones, mientras él, insensible al cansancio, seguía animando a todo el mundo.

En la milla decimosexta, al final del terrorífico Queensboro Bridge, suponemos que estará apostada nuestra gente; reducimos el ritmo de marcha, pero aquello está tomado por tal cantidad de público que ninguno de los tres conseguimos verlos, necesitaba su aliento así que me llevé un buen chasco, «en fin, habrá que seguir adelante ya que a eso hemos venido». Más tarde nos dijeron que nos vieron pasar, pero que les fue imposible acercarse a tiempo a las vallas.

Llegando a la calle 59 enfilamos la Primera Avenida, van a ser más de cuatro millas por una avenida ancha de verdad, recta de verdad y con una inclinación de verdad que acaba en el puente giratorio Willis, justo donde dicen empieza el muro de la maratón, la temida milla veinte donde el imponente señor del mazo lleva varias horas soltando mamporros a diestro y siniestro.

Antes, en la milla decimoséptima y a pesar de mi sordera galopante, oigo a alguien que grita «¡Santi, Santi!», me vuelvo y allí está XOTK, llegado a la ciudad de los rascacielos desde Filadelfia para vernos y presentar sus respetos a doña Maratón, ya que el año que viene quiere

correrla y se está documentando en vivo; me animo con sus gritos y me como la Primera Avenida o, mejor dicho, la Primera Avenida me va comiendo poco a poco a mí aunque yo no lo sabía todavía, para ella solo soy un ingenuo corredor veterano del montón.

El avituallamiento de la milla decimoctava es especial, hay de todo y aprovecho para intentar coger una barrita energética; como es norma en mí, me equivoco y pillo un gel que pruebo con reparos, es de sabor «green apple» y decido que no es lo mío, es una especie de engrudo incomestible a palo seco que no consigo tragar, lo escupo, bebo más agua, bebo un vaso de aquarius y sigo adelante.

El suelo del puente Willis es un enrejado metálico que han cubierto con moqueta para no destrozarnos los pies, «¿os habéis fijado?, nos ponen alfombra azul para entrar en el Bronx»; en la rampa de subida entablo breve conversación con un irlandés que me recomienda correr la maratón de Dublín, pero a mitad del puente tengo que despedirme de él y acelerar porque Fernando y Carlos se me están yendo sin darme cuenta, les echo una pequeña e injusta bronca por tirar, hasta que finalmente me doy cuenta de que soy yo quién está bajando el ritmo, ¡mea culpa, señores!

Carlos empieza a tener problemas estomacales, se le nota mal y devuelve todo el líquido que bebe, nos quedamos a su lado, pero él no quiere retenernos y nos apremia a seguir, otro afectado más sufriendo su muro particular; Fernando se impacienta porque no cumplimos la planificación, como voy algo tostado le digo claramente que no se lo piense más y se vaya en solitario hacia adelante, que al menos yo necesito tener un momento de paz interior para poner un poco de orden en mi cabeza.

Empieza a dolerme el sartorio izquierdo y decido modificar la pisada para engañarlo, casi no escucho los gritos incansables de los miles y miles de personas que me siguen animando como si me conocieran de algo, pienso «Santi, para mí que estás empezando a notar el temido muro, así que sigue tranquilo y regula un poco que en unos minutos se te pasará y podrás recuperarte».

Entramos de sopetón en la milla vigésima, una enorme pintada en el lateral de un paso elevado advierte en color rojo y grandes caracteres que allí empieza el muro, «The Wall», no hay duda del peligro que nos acecha aunque el susto solamente me dura una milla, «esta gente piensa en todo, bueno, no te preocupes, si ahora toca muro... ¡a derribarlo!».

Fernando me dice «Santi, solo nos quedan 6,2 millas, al menos vamos a intentar bajar de las cuatro horas», debido al cansancio calculo mal y le respondo «¿cómo voy a poder correr doce kilómetros en cuarenta y nueve minutos si no lo he hecho nunca?», ante lo cual Fernando se desespera y por fin se decide a intentarlo en solitario, mientras yo me quedo acompañando a Carlos que circula como alma en pena.

Antes de irse me aclara «Santi, que no son doce sino nueve o diez»; saberlo me otorga un plus de moral, «me acabas de quitar tres kilómetros de encima» pero no termino de convencerme; «Fernando, yo voy con la reserva encendida, vete tú y mucha suerte», esto último se lo digo con la mente porque ya casi no podía ni hablar.

Cruzando el pequeño puente de la Avenida Madison, de nuevo tomamos dirección a la Quinta Avenida y por allí pierdo el rastro de Fernando y de Carlos casi al unísono: uno salta con fuerza hacia delante, el otro se queda atrás, mientras que yo casi me rompo por la mitad sin saber qué

debo hacer, «vaya Santi, se ve que ha llegado el momento de afrontar esto en soledad».

Mando a paseo a míster Mazo y enfilo la Quinta Avenida hasta la 86, tres calles por debajo de la sede del New York Road Runners, club organizador de la maratón; recorro apenas dos millas, desde el este de Harlem hasta la primera entrada a Central Park, que se me hacen duras, por lo que en cuatro o cinco ocasiones debo caminar unos segundos para que la cabeza se tranquilice; las plantas de los pies me arden como teas, busco y piso todos los charcos que me encuentro para intentar sofocar el fuego, mientras el fantasma de la retirada me ronda la cabeza varias veces, menos mal que yo no creo en fantasmas.

Mientras camino me sobrepasan montones de corredores, pero en cuanto corro les pago con la misma moneda; muchos llevan dorsales en la espalda con el tiempo que tenían previsto conseguir, veo 3:30, 3:45... se nota que hemos «petao» muchos de nosotros, otra vez será.

Por fin entramos en el archiconocido parque central, el gentío sigue siendo impresionante y eso me da fuerza extra para seguir, «¡no te puedes parar delante de toda esta gente que ha venido a verte y animarte!», salimos de nuevo de Central Park a la altura de la calle 59 y torcemos hacia la derecha para volver a entrar al parque por la otra esquina.

Allí localizo con la mirada a Lola y Maribel, me paro un minuto para saludarlas y que puedan ver que llego tarde pero entero, «¡Vamos Santi que ya lo tienes!», la última parte de la milla final la completo lo más airoso que puedo, a estas alturas de la película no estoy como para tirar cohetes; casi agotado entro en meta sin recordar los consejos que recibí en el foro «al entrar en meta hazlo por el centro y sonríe a la cámara», veo que muchos hacen

gestos de victoria preparándose para la foto de llegada, yo entro de soslayo por un lateral, tapando torpemente el dorsal con los brazos mientras intentaba parar el crono, con el resultado de que salgo fatal en la foto *finish*, voy a parecer un espectro.

Una chica sonriente me cuelga del cuello la preciada medalla, la beso, o sea la medalla porque a la chica no tengo el placer de conocerla y lo mismo me suelta un sopapo, alguien me cubre con una manta térmica azul plateado mientras camino cual zombi hasta la furgoneta 67, donde recojo mi bolsa y repongo fuerzas a base de líquidos y fruta que recojo por el camino mientras me dirijo hacia la zona del reencuentro familiar.

Allí me esperan Lola, Beatriz, David, Teresa, Fernando —que ha llegado hace un rato— y Maribel, quienes con sus abrazos, calor humano y palabras de aliento consiguen que me olvide en un momento de todas las penas y fatigas sufridas, no así del dolor de piernas que me hubiera venido de perlas que desapareciera; estoy exultante y quiero disfrutar del momento, acabo de vivir una experiencia inolvidable de la que espero haber aprendido algo útil para afrontar mejor las próximas maratones.

Me abrazo con Fernando mientras localizamos a Carlos que ha llegado en el mismo tiempo que yo pero está totalmente desfondado por el esfuerzo y los problemas estomacales, es un buen corredor que hoy no ha tenido su mejor día, ha debido sufrir una deshidratación. Nos quedamos con él hasta que aparece Carmen, su mujer, mientras intenta recuperarse del cansancio sentado en el suelo, apoyando desmayadamente su corpachón contra el enrejado de una boca de metro.

Juntos volvemos en metro a los hoteles siendo felicitados continuamente por la gente, la policía nos deja pasar

sin pagar, algunos nos piden poder tocar la medalla, nos hacen el signo de la victoria, nos animan, nos ceden el asiento, nos preguntan qué tal estamos, ¡nos llaman héroes!, es una sensación maravillosa que te hace sentirte bien.

Esta crónica la estoy escribiendo del tirón con lo que hoy recuerdo de la carrera, casi una semana después de haberla terminado y tras haber regresado a casa; quisiera decir que en los momentos peores, cuando creía que no podía más, he notado la fuerza y el apoyo de todos los que me quieren.

Si se me permite un único consejo, no tiene nada que ver con ritmos, estrategias, ni con material, si tienes ocasión de hacerlo no dejes de correr alguna vez la Maratón de la ciudad de Nueva York, sin duda te sorprenderá y será algo que recordarás mientras vivas.

Sobre todo si después escribes una crónica para no olvidarte nunca de la experiencia.

NINOT INDULTAT

20 de febrero de 2005

Valencia

Quizá no se me tomará en serio por lo que voy a decir, pero debo confesar que a veces oigo voces y no me refiero a discusiones familiares, problemas en el trabajo o peleas entre vecinos escuchadas a través de las paredes, me refiero a voces sin identificar, de origen incierto.

Sin necesidad de recordar la mili, cuando oír voces y cornetas a todas horas era una consecuencia lógica asociada al hecho de llevar uniforme caqui, el domingo pasado fue la última vez que oí voces sin venir a cuento, de las de origen incierto.

Al principio pensé que la imaginación me estaba jugando una mala pasada, «desde luego es la última vez que corro una maratón, si no fuera porque estamos donde Cristo perdió el mechero y tardarían horas en recogerme, me retiraba aquí mismo», tecleado sea su santo nombre sin *animus molestandi* porque, debido a haber recibido durante mi infancia y adolescencia una esmerada, rígida y católica educación, puede que algo chapada a la antigua, no soy nada proclive a utilizarlo en vano.

Asistido en movimiento por mi sistema neuronal de urgencia, deambulaba sin rumbo cerca de La Pepica, un conocido restaurante de la playa de la Malvarrosa. Para relajarme recordaba mi pasado comilón «¡Ay, madre, la de paellas que me habré metido aquí entre pecho y espalda...!», en concreto habré comido allí un par de veces como mucho pero exagero un poco la cifra para parecer gastronómicamente mundano, cuando unas lastimeras voces me devolvieron al mundo real.

«Me duele todo, estoy deseando llegar y parar», «lo mismo digo...», al escucharlas de forma tan nítida y cercana pensé que quizá había desarrollado poderes paranormales y podía leer las mentes de las personas, hasta que entendí que las voces no eran sobrenaturales, ni po-

día leer las mentes de nadie ni leches en vinagre, estaba escuchando la conversación entre dos quejosos corredores que llevaban un buen rato detrás de mí intentando adelantarme sin conseguirlo.

Menos mal que reaccioné a tiempo, porque estuve por solicitar a grito pelado los servicios de un exorcista profesional, a riesgo de que no estuviese incluido en el precio de la inscripción; mientras pensaba alguna buena excusa para no pagar al sacerdote de turno antes de que me golpease con el crucifijo o empapase con el hisopo, comprendí que simplemente estaba alucinando en colores.

Con esta anécdota podría resumir cómo pené durante los kilómetros veinticinco al treinta y cuatro, entre la ventolera que se había levantado por mi antiguo barrio del Cabañal y la zona de Alboraya y por el molesto dolor de pies que hace tiempo me persigue con mayor saña que el tío del Mazo; ese lapso kilométrico constituyó mi extrasensorial y particular muro de las lamentaciones.

Al paso por la Patacona le pregunté a una pareja de paseantes, porque allí no había espectadores, «Hola, por favor ¿podéis decirme cómo se llama esta zona?», «¡La Patacona!, ¿por qué?», «Pues por ponerle un nombre valenciano al muro, manías que le entran a uno cuando ya no puede ni con su alma»; allí los dejé con su extrañeza ante mi comportamiento y procedí a bautizar al muro antes de que se me olvidase su nombre, desde ahora cuando algo me vaya mal en la vida diré «No pasa nada, es que estoy con la patacona».

Los primeros veinticinco kilómetros, sin embargo, me parecieron muy amenos; aunque me había propuesto hacer la maratón en solitario tuve el inesperado placer de hacerlo con algunos amigos valencianos, Ximo ejercía de

cicerone, mientras Benalaz nos hablaba del buen gazpacho que por lo visto se hace en su pueblo valenciano.

Al grupo se unió el garabitas Juan Carlos durante algunos tramos y también Diego Llergo, muchos sabréis perfectamente de quién hablo si digo que es más conocido por Lecter, para el resto deciros que en la actualidad me he convertido en editor de sus novelas de asesinos para ver si nos hacemos ricos y podemos vivir del cuento, pero por ahora no ha habido suerte, no damos con la tecla.

En el treinta y cuatro estaba Lola con la gente de Correr x Correr; doscientos metros antes de llegar a la entrada del Grao pude verla, o sea la entrada del puerto no a Lola, a la que sin gafas nunca podría haber visto desde tan lejos debido a mi astigmatismo miópico.

En ese momento me invadió una alegría interior que no puedo describir porque soy poco dado a las muestras de euforia, nuevamente los trasnochados efectos de una severa educación chapada a la antigua hacen mella en mí y regulan mi comportamiento social, reprimiendo mis sentimientos naturales; no sé qué me dio más alegría, si verla a ella, a Lola, o el plátano que me ofrecía y es que a esas alturas tenía un hambre canina, «... así que nos veríamos en el veintisiete, ¡eh!».

Previamente, al paso por el veintiuno, me había parado a saludarla, me hizo una foto para la posteridad —en la que he salido fatal porque no tengo buena fotogenia y posar para la posteridad en pleno esfuerzo es más difícil de lo que parece— y me dijo «ahora iremos directos hasta al veintisiete y allí te entregaré un plátano y una barrita de muesli».

A mí el kilómetro veintisiete me pareció un buen lugar para tomar el aperitivo con Lola, pero al no verla retomé contacto con Ximo y Lecter, lo cual conseguí sin grandes

esfuerzos porque en ese momento todavía era persona y no me arrastraba por el asfalto; fueron pasando los kilómetros y no veía a Lola por ninguna parte ni el esperado momento de ponerme morado a comer, «¿Qué habrá pasado, dónde se habrá metido esta mujer?», un hambre atroz comenzaba a hacer estragos en mi anatomía acostumbrada al lujo y al confort.

Poco antes del esperado encuentro en la tercera fase, recuerdo haber sentido un gélido escalofrío al pasar junto a la plaza de toros; al ver el monumental coso de la calle Xátiva me vinieron a la mente el coliseo romano, los cristianos, los leones... ¿será una premonición?, es que no estaba yo como para establecer comparativas.

Para desechar malos pensamientos fijé mis sentidos en una gacela disfrazada de corredora que nos adelantó, «¿qué llevará en la botella?, por el color bien podría ser un helado de chocolate», y entonces nos contó su revolucionaria receta, que se echen a temblar los de Red Bull... «es una pócima mágica casera que lleva avellana, miel y. por supuesto. agua»; he hablado con Ximo para ver si entre los dos recordamos todos los ingredientes, eran cuatro aparte del agua, pero solo recordamos dos; llamará a Ángel, el del gazpacho valenciano por si acaso él recuerda los elementos secretos del mejunje líquido.

Miré a los ojos de Lola y ella se reflejó en los míos, no hizo falta que dijese nada, por su mirada supe al instante que iba fundido; le entregué mi gorra, cogí el plátano que me tendía y le di un beso, o sea a Lola no al plátano, que una cosa es ir zombi y otra muy diferente equivocarme con las cosas de comer; lo pelé y de un par de bocados me tragué la mitad, pensando en alcanzar cuanto antes el éxtasis en el cauce nuevo del río Turia.

Al entrar en el cauce pensé que el plátano debía contener opiáceos o que el cansancio me hacía ver cosas raras, la gente iba disfrazada, con maquillajes rarísimos «joder que raro viste el valenciano moderno», deduje en un primer momento; algunos calzaban altos zancos en lugar de zapatillas como todos los demás, «Santi, o vas más frito de lo que crees o aquí pasa algo raro», más tarde recordé que eran los componentes del congreso de magia organizado por el CIVAC que intentaban dar ambiente a la carrera animando al respetable y a los propios corredores a pie de carrera.

Antes de volverme loco con mis ensoñaciones aceleré el paso para adentrame decidido en una senda sin final visible por el cauce seco del río, al cabo de la cual se suponía estaría el estadio donde terminaba la maratón.

Fueron varios kilómetros desiguales, tan pronto corría como necesitaba caminar, me recordaba al final de Nueva York que cuando corría pasaba a muchos y cuando andaba me pasaban ellos a mí, solo que aquí participan menos corredores y me daba tiempo a fijarme en los detalles, desde luego no era yo el único sufridor, pero en ello no encontraba el anhelado consuelo.

En algún momento observé a lo lejos unas torres de iluminación «o son las del estadio o son gigantes que me quieren desafiar a muerte», pensé al recordar que estamos en el año de Don Quijote, así que me incliné por las torretas de iluminación porque no estaba yo como para mantener duelos mortales con nadie.

Andaba divagando cuando escuché nuevas voces procedentes del público «¡Vamos Santi, vamos!», «Vaya, ya empezamos otra vez con las psicofonías», pero no, esta vez se trataba de Victoria, una amiga de Castellón que me tendía la mano, por suerte para ella acerté a chocársela

sin causarle daños colaterales porque la puntería nunca ha sido uno de mis fuertes y, volviendo la vista al frente, me dispuse a rematar la faena.

Cerca del estadio presiento que ya no queda nada para terminar, me olvido de hechos mágicos, ecos de voces, visiones sobrenaturales y demás ensoñaciones ectoplasmáticas y me preparo para una entrada triunfal en el estadio; se ve precioso, la pista es de un intenso color azul que no sé si lo estoy soñando o es que realmente tiene ese color, poco me importan ya los matices cromáticos; oigo nuevas voces «Santi, Santi…», esta vez proceden de la gente de Correr x Correr, el grupo con el que hemos viajado a Valencia.

En la recta de entrada veo a Gaizka, compañero donostiarra y, como yo, sufridor del parque El Paraíso, que puesto de rodillas me rinde su particular homenaje de bienvenida; él ha llegado hace casi una hora, pero allí está, todavía con fuerzas para seguir animando, le pregunto con la mirada y me contesta que sí, que lo ha logrado, ha bajado de tres horas, ¡Enhorabuena, campeón!

En la última curva oigo voces todavía más fuertes, son Lola y Beatriz, nuestra hija mayor que ha viajado con nosotros; les dedico un gesto de indisimulado orgullo y me enfrento a la recta final con la máxima dignidad posible; puede que medido en términos de velocidad punta parezca un caracol reumático, pero me he ganado el derecho a sentirme como un toro de Mihura.

El reloj de meta parece que marque la hora de Marte, se han desbarajustado los dígitos y no se entiende lo que pone, ¿tendré más alucinaciones?, miro el mío y lo paro para que descanse, se lo merece porque le he dado una verdadera paliza, «Dios, creí que no llegaría nunca» suspiro para mis adentros mientras me siento en una silla

libre de plástico junto a otros corredores tan exhaustos como yo.

Un voluntario pretende quitarme el chip desatándome los cordones hasta que acierto a indicarle por señas que lo llevo sujeto con un alambre de la bolsa de pan Bimbo; después rompo a llorar desconsoladamente como suele pasarme en estos trances, hasta que un veterano corredor valenciano consigue animarme lo suficiente invitándome a cerrar de una vez por todas el capítulo de hoy, «Ve a por tu medalla, Santi Palillo, te la has ganado».

Camino del hotel, mientras intento subir dignamente los escalones que me sacarán del cauce del Turia, me cruzo con Carlos Llanos del CDB Paris que, en cuanto me ve, dice «Santi ¿para cuándo vas a tomarte en serio la preparación de una maratón?»; por agotamiento, falta de ganas, fuerza y motivación no le respondo en el momento, pero me quedo con la copla «ya te lo diré en Madrid cuando volvamos a vernos».

Qué poco podía imaginar Carlos aquel domingo que a partir de septiembre seguiría su recomendación y acabaría siendo mi entrenador durante año y medio, ni yo la que se me venía encima tomando semejante decisión.

He acabado la maratón convertido en el «ninot indultat» de la carrera, salvado por los pelos de la quema final; así lo reconozco, consciente de que probablemente me haya faltado rigor en la preparación y por tanto he obtenido lo que merecía.

Y aquí estoy, esperando pacientemente a que Ximo me llame por teléfono o me escriba para darme a conocer los ingredientes misteriosos que son necesarios para preparar el batido milagroso, en cuanto sepamos como hacerlo pienso probarlo para ver si funciona.

LÍNEA AZUL

24 de abril de 2005

Madrid

Si tuviera que elegir una frase para resumir la jornada maratoniana de ayer me quedaría con alguna de mi más tierna infancia, algo contundente estilo «¡Mamá, pupa!», socorrido grito mediante el cual uno solicitaba a voces el auxilio materno a cualquier hora del día o de la noche, festivos incluidos, para recibir de inmediato el remedio y cariño con que ella curaba todos nuestros males.

Llamarla en plena carrera no me pareció apropiado para un cincuentón como yo, en la medida de lo posible uno debe mantener el tipo y la compostura así que opté por la discreción y sufrir en silencio los avatares de la prueba, como hacía aquella señora del anuncio con sus hemorroides hasta que descubrió y probó Hemoal.

Para comentar la carrera quizá debiera empezar por el principio, aunque tampoco quisiera retroceder demasiado en el tiempo porque me conozco y soy capaz de empezar por aquel día en que toda la familia se alborotó mientras el nene, o sea yo, daba sus primeros pasitos por la casa arreándose coscorrones con las esquinas.

Una pena que en aquellos tiempos los padres no tuvieran cámara de vídeo para inmortalizar el momento; por no tener no tenían ni cámara de fotos, así que la posteridad se quedó sin una constancia gráfica con la que poder ilustrar los titubeantes comienzos del futuro corredor del montón que, ya por entonces, quizás anidaba y comenzaba a formarse y crecer en mi interior.

Nadie hubiera dicho en aquella andaluza fase de mi niñez «hay que ver el enano cabezón éste que poca soltura tiene caminando, pero ahí dónde lo veis acabará siendo maratoniano»; en mi pueblo, en los años cincuenta y tantos, la carrera de maratón debía ser una perfecta desconocida, de modo que ninguno de los presentes pronunció

la frase citada y tuve que esperar varias décadas para descubrirlo por mí mismo. Soy un autodidacta.

El sábado llegaban los cántabros y la agenda del fin de semana estaba dedicada a disfrutar en su compañía; fui a recibirlos al hotel para entregarles sus bolsas del corredor y de allí a la multitudinaria comida organizada por el foro amigo, más de cien comensales —todos ansiosos por contar sus batallitas— nos dimos cita en una céntrica pizzería hasta casi completar su aforo.

Por la noche fuimos a cenar el grupo cántabro —al que se sumaron los valencianos Pepo y Mar— a otro céntrico restaurante italiano, con lo que la recarga de hidratos fue de lo más completa; mira que me gusta la comida transalpina, pero llega un momento en que el estómago suspira por un cambio de dieta, ¡mi reino por un filete!

Durante la cena nuevas batallitas para gozo de unos y suplicio de otros que, al estrenarse en esto de la maratón, quizá hubieran preferido temas de conversación más variados, en fin, lo normal en estos casos; por mi parte estaba bastante tranquilo, cosa extraña en mí, hasta el punto de que Lola me dijo «que raro que no estés tan neurótico como otras veces», ahora que lo pienso no sé si tomármelo como un cumplido o todo lo contrario.

Como guinda de tanto «comercio y bebercio» no tuve mejor idea que terminar la cena con un café bombón, con lo cual pude cumplir uno de los preceptos maratonianos de mayor raigambre, es decir no pegar ojo la noche previa como manda la tradición; la cafeína del bombón me impidió conciliar el sueño reparador, en cualquier otra circunstancia hubiera escuchado el Larguero —que es una infalible mano de santo a la hora de planchar la oreja— pero cuando me acosté era tan tarde que ya había pasado la hora de emisión.

El domingo fuimos llegando temprano y por goteo a la plaza de Cibeles; poco antes de la hora prevista para el pistoletazo estábamos situados a años luz de la línea de salida, había mucha gente, aunque no tanta como esperábamos; durante el plantón me encontré con unos amigos asturianos que, al verme ataviado de cántabro, me ofrecieron pasarme al bando del Principado, «hoy no puede ser, pero para la próxima maratón lo hablamos»,, de modo que acabé corriendo con una pegatina de ¡Puxa Asturies! ocupando la mitad del dorsal.

Entre tanto corredor se acercó Quesce a saludarme, todavía estoy impactado porque me reconociese entre la multitud, pero me llevé una gran alegría, muchas gracias por recordarme que nos conocimos a primeros de año; al final creo que entré en meta pocos segundos por detrás de Isa y Muri con sus gemelos en el carrito, me hubiera encantado saludarlos y recordar el NYCM.

A pesar de compartir buena parte de la carrera con los amigos norteños, mi maratón quedó reducida a tan solo tres kilómetros, tres mil malditos metros en los que tuve que demostrar la reciedumbre de carácter que se le supone a un veterano corredor del montón.

Los treinta y nueve restantes no merece la pena contarlos porque no me aparté un ápice del guion establecido: paciencia sin límites, correr sin agobio, seguir mi propio ritmo y no dejarme engatusar por los cantos de sirena.

En los albores del kilómetro treinta y seis recibo un primer aviso en forma de tirón en la ingle; hubiera preferido un tirón de orejas según la costumbre española de los cumpleaños, pero la naturaleza es así de caprichosa y no entiende de otras prácticas; el siglo pasado, por poner un ejemplo, también en el treinta y seis, aunque el tirón de aviso fue diferente, no veas tú la que se armó.

Para establecer un mayor paralelismo histórico, el tormento pasajero de mi maratón terminó en el kilómetro treinta y nueve, si la tremenda pájara que me provocó el tío del Mazo llega a durar tan solo un segundo o un centímetro más, creo que hubiera terminado proclamando algo parecido a lo que alguien dijo por entonces «en el día de hoy, cautivo y desarmado…».

Quizás alguien se pregunte qué fue lo que hice durante aquellos interminables 23:37 minutos, que fue el tiempo que tardé en superar el muro, aparte de apretar los dientes como me había aconsejado mi amiga Victoria de Castellón en los días previos; la verdad es que no lo recuerdo bien, pero nada que no hicieran otros cientos de corredores que, como yo, se las prometían felices hasta que llegó el tío del Mazo dispuesto a todo: luchar a muerte contra él, intentando sobrevivir a toda costa.

Recuperado del mal trago y recobrada de nuevo la consciencia, alivié largamente en el alcorque de un renegrido árbol del camino, solo al terminar la meada pude reemprender la marcha como si tal cosa, procurando olvidar cuanto antes lo ocurrido para centrarme en lo importante: terminar, y eso fue lo que hice.

La siesta posterior a la carrera fue tan corta como fructífera, una vez descansado pudimos salir de cañas y tapas con los miembros del Gran Grupo Cántabro, dando lugar a nuevas batallitas; las que contaremos algún día no tan lejano a nuestros nietos cuando los tengamos, si no salen antes huyendo de las batallitas de los abuelos.

Y aquí me tienes otra vez pensando en el futuro, la próxima maratón puede que sea a finales de noviembre, probablemente en territorio nacional, ya que hay que ahorrar para la inminente boda de nuestra hija mayor que se casará en Carolina del Sur en mayo del año que viene; se

ve que no había un sitio más alejado del solar familiar para casarse, pero antes me tomaré unos días de merecido descanso.

Haber corrido tres maratones en seis meses, no padecer ningún problema físico importante (los psíquicos todavía no se saben) y mantener intactas las ganas de seguir haciendo deporte es como para estar contento o para que me revisen los engranajes de la cabeza.

Yo opto por lo primero, aunque sin descartar por completo lo segundo.

LA GRAN MURALLA CHINA

26 de marzo de 2006

Barcelona

Ni siquiera el rítmico traqueteo del tren ha conseguido que me durmiera y dejase de pensar por unas horas en la carrera, creo que esta noche he revisado mentalmente varias veces la maratón intentando, sin fortuna, encontrar alguna explicación lógica que calmase la desazón que siento y me permitiera conciliar el sueño.

El domingo tras el madrugón, agravado por el siempre inoportuno cambio de hora, una de las primeras cosas que hago es meter dinero suelto en el bolsillo interior del pantalón, es la primera vez que tomo semejante precaución que interpreto como una señal de mal augurio, algo no va bien, me justifico, «es para que si me pasa algo pueda volver en transporte público sin colarme»; a la salida de la carrera me dirijo en metro, rodeado de otros como yo, con ilusión, esperanza y tensión.

En el cajón de salida me coloco bien, donde me corresponde según mis expectativas; la salida resulta algo lenta pero me sirve para calentar, los primeros kilómetros tienden a subir y eso me hace torcer el gesto «¿no decían que era un recorrido llano?», «venga, que solo estás empezando».

Salgo con los Pájaros Locos, los cántabros Rafa y Lurdes; ella ha seguido el mismo plan de entrenamiento que yo, también dirigida por Carlos Llanos, pero enseguida presiento que no voy a poder seguirlos y dejo que se vayan sin quemarme demasiado por dentro; a medida que nos acercamos al décimo kilómetro la gente se acelera mucho, en paralelo con la maratón se celebra un diez mil y no se sabe quién corre cada carrera, me disgusta un poco la coincidencia porque pierdo referencias válidas, el totum revolutum me confunde.

La pierna mala ha querido sumarse a la fiesta y, aunque de momento no duele, me impide llevar cómodamente el

ritmo entrenado, me cuesta un mundo bajar de cinco minutos el mil, al ocurrirme tan pronto asumo que realmente debo tener algún problema; a pesar de todo, al paso por el diez mil compruebo que llevo un ritmo medio de 4:56 m/km «está mal, pero aún es posible conseguirlo», aunque en el fondo sé bien que, por las malas sensaciones que percibo, resultará complicado.

En el kilómetro veinte, justo antes del puente de Bac de Roda, se encuentra mi familia barcelonesa, en cabeza están Lola y mi hermana Teresa, animándome, «¿qué tal vas Santi?», «bien, bien», miento para no preocupar a nadie, mi Vía Crucis particular ya se había puesto en marcha para aguarme la fiesta, pero prefiero guardarme el secreto.

El tiempo de paso por el medio maratón confirma que hoy no podré conseguir el soñado objetivo (bajar de 3:30 horas) para el que llevo preparándome desde el verano pasado; digiero mi decepción lo mejor posible y, aunque me planteo abandonar, acabo haciéndome el propósito de seguir sin perder mucho tiempo, «a ver si puedo hacer mi segunda mejor marca»; como me han enseñado a hacer, sobre la marcha voy cambiando el objetivo final, a ratos tengo amagos de calambres en ambas piernas, la verdad es que voy fatal.

Del veinticinco al treinta es la zona nueva de la avenida Diagonal; el sábado sobre plano ya había pronosticado que aquí tendría problemas, no me gustan las largas avenidas de ida y vuelta; veo pasar a los Pájaros Locos en dirección Fórum y tomo el tiempo para ver cuánto me sacan, «qué desastre, más de doce minutos, al menos ellos van bien», por segunda vez pienso en abandonar, pero para ciertas cosas soy rocoso y resisto la tentación.

Llegando al Fórum me fijo en un ciclista que observa atentamente el paso de los corredores «lo mismo es... ¡Santi Piltrafilla!», a los pocos segundos él me localiza «¡Santi Palillo!, ¿qué tal vas?», «fatal tocayo, si hubiera cerca una boca de metro dejaba de correr en este mismo instante», «pues por aquí no hay ninguna» miente para no empeorar mi estado de ánimo; me acompaña por una cuestecilla de nada que se me antoja peor que subir el Aneto, me ofrece agua fresca, «si algún día yo fuera por el kilómetro treinta de un maratón...», acto seguido se despide «venga Santi, te dejo para no agobiarte»; las ganas de abandonar me abandonan de repente, «no te pares ahora calamar, seguro que estará viendo cómo te alejas»; *moltes gràcies* Kebasha, tu inesperada presencia me animó cuando más lo necesitaba, algún día serás tú quién vaya por el kilómetro treinta, no tengo ninguna duda, y espero que vayas mejor que yo.

Paro a hacer aguas menores en unos servicios públicos y al poco me alcanza Pepo junto a un camino que bordea el mar; por gestos comentamos cómo vamos, con el puño cerrado y el pulgar apuntando al suelo le indico mi estado general, un kilómetro y pico después tengo que aflojar, «suerte Pepo» le deseo mentalmente porque tenía instrucciones precisas de mi entrenador de no hablar con nadie; al cabo de varios kilómetros lo alcanzo y decido seguir mi propio ritmo sin acoplarme al suyo, «suerte Pepo» vuelvo a desearle en silencio mientras me alejo haciendo de tripas corazón.

El camino hasta el treinta y cinco se convierte en un verdadero suplicio, paro a aflojarme un poco las zapatillas, la planta del pie derecho hace muchos kilómetros que me molesta, a ratos tengo que caminar para recuperar fuelle y las ganas de correr se han empeñado en abandonarme,

«venga, intenta por lo menos ir a por las 3:45», pero no hay manera, está claro que hoy no es mi día.

Cruzamos el parque de la Ciutadella, el suelo parece de albero y un fino polvo amarillento flota en el ambiente, muchas personas nos molestan cruzando alocadamente de un lado a otro, hace rato que la organización no reparte esponjas, algunos avituallamientos parecen zona catastrófica y no hay ni rastro de los «voluntaris»; la temperatura ha subido bastante, hace calor y en el parque casi me arrollan dos ciclistas despistados cuando, de repente, salvadora, una amable señora me ofrece una barrita de Santiveri con muesli; está riquísima, me la como en un santiamén y milagrosamente el motor vuelve a carburar, en ese momento me despido del tío del Mazo que me ha acompañado hasta aquí «fins aviat!, le digo, ¡ah... y muchos recuerdos a tu p... madre!».

Junto a la Catedral están bailando sardanas y unas lágrimas de emoción me empañan las gafas, «a ver si resulta que también soy un poco catalán», llevo la sensibilidad a flor de piel; la luz roja de la reserva parpadea insistentemente pero no hago caso de la alarma; al final de las Ramblas rodeamos las Reales Atarazanas y al fondo se adivina, aún lejana, la plaza de España, soy plenamente consciente del batacazo que me acabo de meter, pero me veo llegando a meta a pesar de todo y me animo un poquito.

Los últimos kilómetros los hago en modo automático, me impongo bajar como sea de las cuatro horas, en otras ocasiones hubiera firmado ese tiempo antes de salir, pero hoy me parece un premio menor «tantos meses y tanto sacrificio para esto», dejo de pensar en negativo porque de lo contrario me vendré abajo y empiezo a disfrutar el hecho de que voy a terminar mi décima maratón, hace

cuatro años y medio, cuando conocí a los de La Secta, ni siquiera lo hubiera podido imaginar.

Llego al cuarenta en 3:44:48 y me digo «tienes quince minutos para recorrer los últimos 2.195 metros, deja las lamentaciones para otro momento, aprieta los dientes, corre y acabemos con esto de una puta vez»; a lo lejos se percibe el murmullo de la multitud situada en meta, la gente anima, aparece el esperado poste del kilómetro cuarenta y dos, a mi espalda oigo fugazmente «¡Vamos Santi!», es Mar, la mujer de Pepo, que me ha visto pasar, levanto la mano para que sepa que la he oído, pero no puedo parar, si lo hago allí mismo me quedo.

Un poco más allá me encuentro con Carlos del Gran Grupo Garabitas, es mi penúltima alegría en carrera, la última será pisar la alfombra de llegada; me siento unido al Gran Grupo y más en días tan chungos como el de hoy, así que nos acompañamos los últimos metros, me dice «sigue tú que yo no quiero esprintar», «no te preocupes Carlos, yo tampoco, entraremos juntos».

Lola, mi hermana Teresa y mi sobrina Rocío me saludan emocionadas al pasar junto a ellas, miramos al frente y vemos el enorme arco de meta «¡Enhorabuena, Carlos, hemos llegado!».

Pasada la meta, Mari Pau, Rivendel en el foro, me impone la deseada medalla y nos damos un abrazo; me alejo llevando orgulloso, colgada del cuello la medalla como si fuera el campeón olímpico de la distancia, me ha costado más de lo previsto pero lo he conseguido.

Busco, encuentro y abrazo a mis seguidoras particulares, dando por terminada la actual temporada y todo lo que ha conllevado desde el verano pasado; ahora toca un poco de descanso y volver al tajo, al deportivo se entiende porque desde primeros de año me han aplicado un ERE

estricto en Telefónica y he sido anticipadamente apartado del mundo laboral; tengo edad y fuerza de voluntad para correr maratones, pero la empresa me encuentra demasiado viejo para trabajar.

Supongo que necesitaré tiempo para recuperar la afición, al acabar renové la consabida promesa del «nunca más volveré a correr una maratón», decirlo es obligado en estos casos.

Probablemente volveré a intentarlo este mismo año pero, si quiero seguir disfrutando, debo empezar asumiendo cuanto antes que la maratón competitiva no es lo que más me conviene.

He sufrido el muro otras veces, he aprendido a reconocerlo y a defenderme con uñas y dientes de sus devastadores efectos, pero este de Barcelona ha sido tan largo, amargo y duro de superar que, más que un muro, me ha parecido la Gran Muralla China y contra ella me he estrellado.

No puedo echarle la culpa al tiempo porque ha hecho bueno. No puedo echarle la culpa ni tan siquiera al maestro armero. No puedo echarle la culpa al «empedrao». A nadie. Todo se reduce a que he tenido un mal día, esto es así de simple y así hay que aceptarlo.

Por último, quisiera dejar constancia de mi agradecimiento sincero a Carlos Llanos, paciente ser que desde septiembre me ha estado entrenando con aguante y sabiduría, llevándome a alcanzar cotas impensables antes de ponerme a sus órdenes; mejores marcas en diez mil y en medio maratón pero un batacazo en toda regla en el momento clave del año; de todo se aprende, no tendría que haber corrido lesionado.

Nunca he estado más fuerte, resistente, ni más rápido en toda mi vida; lidiar conmigo de discípulo no debe ser

fácil, pero él sabe bien que he puesto todo de mi parte, lo que pasa —como dicen los toreros— es que he fallado en la suerte suprema.

No pasa nada *míster*, más *cornás* da el hambre.

DEEP DISH MARATHON

12 de octubre de 2008

Chicago

Para poder comerse enterita una pizza al estilo de Chicago hay que tener mucha hambre y tiene que gustarte mucho la pizza, de lo contrario no veo posible atreverse con semejante cantidad de masa, por mucha salsa de tomate, beicon y queso que lleve, sin exponerte a que te dé algo.

Algo parecido ocurre con la maratón, para poder terminar una —como, por ejemplo, la de Chicago— tiene que gustarte mucho correr y estar en plena forma, de lo contrario no veo posible atreverse con semejante atracón de kilómetros por muchos acompañantes que lleves sin exponerte a que te dé algo.

Con la Deep Dish Pizza no tuve mayor problema porque no la probé, me pedí unos macarrones picantes, *penne* en el argot italiano de la pasta; sin embargo, a la maratón no hubo forma de hincarle el diente, se trataba de ella o de mí, así se arreglaban ciertos negocios a principios del siglo XX en la ciudad del viento y si era necesario se resolvían a tiro limpio, aunque afortunadamente para todos este no ha sido mi caso.

La misma noche que llegamos a Chicago empecé a notar calambres en los gemelos mientras dormía, quizá como consecuencia de hacerlo a pierna suelta; parece ser que durante el largo viaje desde Madrid sufrí una deshidratación o pérdida en el equilibrio de sales de los fluidos que rodean los tejidos musculares, y eso a pesar de beber agua cada dos por tres, caminar machaconamente por el pasillo del avión y visitar periódicamente al señor Roca.

El sábado a primera hora, Fernando y yo nos fuimos a la feria del corredor, era como si estuviéramos en otro mundo; a pesar de los más de cuarenta mil inscritos, en

menos de dos minutos teníamos el chip y el dorsal en las mochilas, además te llevan y te traen gratis en un bus colegial a la feria, lo cual es de agradecer.

Allí nos encontramos con jcerunner & familia para entregarle una gorra y la camiseta tapieras que le llevaba desde Madrid.

Me apunté al grupo de las 3:55 que lideraba una guapa corredora de origen mejicano que explicaba al público presente su estrategia de carrera; yo iba con idea de apuntarme al grupo de las cuatro horas, pero lo lideraba un señor muy feo con bigote y cambié mi decisión sobre la marcha porque tengo ojos en la cara y buen olfato para las liebres. Por cinco minutos no pasa nada.

El domingo temprano acudimos andando al Grant Park dónde estaba situada la salida; de las magnitudes del evento nos hicimos idea enseguida viendo los miles de corredores que pululaban por allí en busca del ropero, los corrales... de la organización solo puedo decir que es excelente, se nota que es una de las cinco grandes maratones mundiales, para quitarse el sombrero.

A las 07:45 una pareja de artistas se luce cantando a dúo y a la manera tradicional norteamericana, a capella, el himno nacional, primera piel de gallina; a las 07:50 se da la salida a los corredores en silla de ruedas, a las ocho a los de élite y a continuación a la marabunta restante; segunda piel de gallina, tengo que sujetarme las piernas con determinación para que no salgan desbocadas de estampida.

Al final de la larga recta de salida accedemos a un túnel donde la elevada humedad ambiente lo convierte en una sauna finlandesa, salimos y cruzamos varios puentes levadizos alfombrados para la ocasión; al llegar al Lincoln Park hice una parada técnica para aliviar aguas menores

en las cabinas, había muchísimas, pero aun así tuve que esperar turno; retomé el ritmo previo para continuar en dirección a la media maratón situada en Jackson Boulevard, cerca de la inmensa Sears Tower.

Todo iba bien, tras una hora de carrera el sol relucía esplendido mostrándonos desafiante su fuerza descomunal, la humedad abandonaba su relativismo para convertirse bruscamente al fundamentalismo más radical; empiezo a saber que significa correr con calor y humedad en Chicago; de todas formas, voy bien y no quiero preocuparme demasiado, empiezo a tener hambre a pesar de llevar hechos todos los deberes gastronómicos previos al evento.

Antes de la media están Lola y nuestros amigos Ángel, Mercedes y Maribel con las banderas, «¿Que tal estás?», «bien, pero... ¿no tendrás un plátano a mano, verdad?», como no había plátano me despido, cruzo la media maratón un minuto por encima de lo previsto, eso no es nada, pienso elevando al *sky* el prometido recuerdo para el sevillano Enri; el gentío hasta ahora se ha expresado de forma espectacular, numeroso, animado, emitiendo un griterío ensordecedor que envuelve las calles del recorrido, es muy emocionante, hoy estoy batiendo mi récord en cuanto al número de veces que se me pone la piel de gallina.

Sobre el kilómetro veinticuatro aparece el primer calambre serio, había tenido síntomas antes, pero como estaba bebiendo en todas las estaciones —como llaman en Chicago a los avituallamientos— pensaba que los tenía bajo control.

Tomo la decisión de caminar un poco ya que no me atrevo a estirar —cuando lo intento me duele, me incapacita, me hace ver las *stars* y hasta las *strips*—, a partir de

ese momento y hasta el veintisiete lo paso bastante mal, así que decido dejar de correr con el corazón y empezar a hacerlo con la cabeza, lo cual resulta bastante incómodo en general durante una maratón.

En el veintisiete pido ayuda en un puesto médico, me hacen pasar a una enorme tienda hospital de campaña y esperar sentado en una silla a que me puedan atender ya que hay más cola que en la consulta de la Seguridad Social; estuve por levantarme y largarme con viento fresco, pero la cabeza me obligó a ser prudente, no hemos venido hasta aquí para llevarnos un disgusto.

Me preguntan qué me pasa pero, aunque lo intento explicar, no sé decir «tengo calambres en los gemelos», por lo que debo recurrir a la gestualidad excesiva que me caracteriza; no sé lo que entienden porque me toman la tensión «Oh, my God!» y las pulsaciones «Oh, más my God!», me preguntan mi nombre «Santiago, que rima con Chicago» (no lo pillan), edad, país de procedencia, peso, etc., «¡Ya vale oiga, que he pasado con notable el control aduanero!»; por fin una fisioterapeuta me masajea enérgicamente los gemelos y de nuevo veo las *stars* y las *strips* hasta que, por fin, el médico jefe del puesto firma un papel autorizando mi marcha; tras estar parado media hora o más, me he quedado frío: me largo, lo de con viento fresco era una tarea imposible, si lo llego a pensar mejor, con lo a gusto que estaba en la silla...

Viendo el panorama decido tomarme las cosas con calma, soy consciente de que no bajaré de las cuatro horas treinta, pero al menos podré llegar a meta por mi propio pie, la salud y el placer son lo primero, incluso supongo que en el mismo orden; desde entonces alterno andar deprisa con correr despacio, consiguiendo llevar un ritmo tropical que sería la envidia de Antonio Machín y sus maracas; ¿que viene un puente? pues se sube, ¿que dan

agua? pues se bebe, ¿que dan bananas? pues se comen, ¿qué me entran ganas de correr? pues me aguanto hasta que se me pasen.

Al estilo de los años veinte, en que las disputas entre bandas rivales taladraban el aire con plomo abundante, el domingo un sol implacable se dejaba caer derretido sobre nuestras cabezas; en el kilómetro treinta y cinco veo que me sobrepasa el grupo de las cuatro horas y media, comparados conmigo van como balas, tentado estuve de irme con ellos porque aún conservaba fuerzas de la reserva estratégica, pero de nuevo la cabeza mandó instrucciones precisas... «¿adónde vas ahora con tantas prisas, calamar?, quieto *parao*».

En el treinta y siete leo un cartel que promete el cielo «Cold beer 50 meters ahead!», pensé que sería un espejismo de Illinois pero no, un tipo rubio y sonriente ofrecía grandes vasos de cerveza helada a los corredores, aunque a mi alrededor casi nadie corre porque vamos caminando; muestro la palma y en vez del clásico choque de manos me plantan una pinta de cerveza, nunca antes lo había hecho en plena carrera pero me la bebí enterita, sin respirar, sin remordimientos, con inusitado placer, disfrutando hasta la última gota, sintiéndome como nuevo, ¡con qué poco puede uno ser feliz!

Hasta ese momento no había pensado en una retirada estratégica así que ahora mucho menos, los calambres habían remitido bastante siendo sustituidos por un dolor muy cabrito en la inserción del sartorio en la rodilla, recordé la pata de ganso de Praga, pero como no me acordaba bien del tema no pude reconocer lo que tenía, pasé página y se me acabó pasando.

Para entonces la carrera se había convertido en un parque acuático, toda clase de artilugios y aparatos para el

lanzamiento de agua eran utilizados sobre los esforzados corredores por la organización, el público, la policía, los agentes de tráfico, los bomberos... ¡impresionante!, ni las Niagara Falls; con el fresquito que generaban y pensando en la llegada recordé a lo que había venido y me puse de nuevo en marcha «vamos Santi, solo te queda el equivalente a una vuelta al parque del Retiro».

Los últimos kilómetros de la Michigan Avenue los completé rodeado de un público chillón como pocos y de agotados corredores ilusionados por saberse tan cercanos a la meta, también algo lentos si se quiere, pero triunfadores como cualquiera; coincidiendo con la milla veintiséis se sube la cuesta del puente Roosevelt que lleva al Adler Planetarium, junto al Michigan Lake, pero a estas alturas no tengo hecho el ánimo como para hacer turismo, giro a la izquierda y ante nosotros se abre un hueco de 0,2 millas de las que saben a gloria «¡Arco de meta a la vista!», tenía planificado acabar esprintando y lo hice sin reservas, disfrutando como un cosaco a pesar de los pesares, *from the lost to the river!*

Nada más cruzar la línea de meta me encuentro con un despliegue descomunal de la organización para atender a los recién llegados; para alcanzar el *Family Meeting Point* hay que caminar un buen trecho, por el camino recibo la medalla, agua, fruta, toallas mojadas, mantas térmicas (no quise ponérmela, solo de pensarlo me dieron espasmos en el píloro), enhorabuenas, parabienes, sonrisas, etc. a punto estuve de soltar las lagrimitas de rigor, pero no me pareció apropiado para un abuelo en ciernes (en diciembre nacería en Atlanta nuestro primer nieto) en la flor de la vida.

Lola no estaba en el punto de reunión acordado, luego supe que acompañada por Ángel estuvo esperándome en meta hasta que entró la liebre de las 4:30, apretujados

por la multitud y preocupados por si me hubiera pasado algo; ¡Ay, Lola, Lola!, bien sabes que «bicho malo…».

La recuperación física posterior ha sido completada con éxito, ni siquiera unas mínimas agujetas pudieron evitar que recorriésemos Chicago de Norte a Sur y de Este a Oeste durante los días siguientes; a la vista de lo ocurrido creo que el viaje desde Madrid resultó demoledor para mi organismo, me faltó un periodo de aclimatación.

Se dice que «todos tenemos puntos fuertes y puntos débiles», en mi caso tengo muchos más de los segundos que de los primeros, pero he aprendido a vivir con ellos sin necesidad de sufrir: es cuestión que corresponde a cada cual saber reconocer los suyos y actuar en consecuencia para mejorar o simplemente para seguir camino.

Aprovechando el viaje a Chicago nos hemos acercado unos días a Atlanta, tenemos que dedicarnos a achuchar a la niña y al futurible —luego lo llamaron William Joseph— sin miedo a sufrir calambres ni pájaras, pero ese será otro cantar.

LA LIBRETA

27 de noviembre de 2011

Valencia

Apenas han pasado dos días y la maratón del domingo comienza a convertirse en un impreciso y nebuloso recuerdo en mi memoria; pronto olvidaré los duros meses de preparación —sobre todo durante el caluroso verano mediterráneo— pero, mientras pueda, saborearé las mieles del triunfo o sufriré las hieles de la derrota; de tenerlas me relameré las heridas y a otra cosa mariposa.

No es preciso estar parado para mirar atrás, tampoco tiene mucho sentido hacerlo porque la vida sigue su marcha y si te paras no te espera; pero escribir una crónica de la carrera puede servir tanto como ejercicio personal para repasar hechos concretos, como de ocasión para la reflexión tranquila.

Suelo tener a mano una libreta que voy rellenando con anotaciones que podrían pasar por cabalísticas sin ser otra cosa que simples letras, números, palabras, esquemas, recetas y dibujos aparentemente sin orden ni concierto, trazos sin sentido salvo para su autor, que soy yo, aunque a veces ni yo mismo las entienda.

Hace unos días enmarqué bajo la palabra MARATÓN una cadena alfanumérica que prácticamente me adivinaba el futuro cercano en cuatro pasos: 5k 0:27:30, 30k 2:40:00, 7,195k 0:42:30, para un total de 3:50:00; lo raro es que al final se cumplieron fielmente las predicciones.

Durante el primer diez mil Fernando y yo corremos juntos, pero pronto las dudas físicas con que ha llegado a la ciudad del Turia se convierten en dolorosa certeza y al paso por el primer miriámetro se retira, su gastrocnemio no está hoy preparado para la épica; yo decido seguir adelante en solitario, aplicando la estrategia planificada.

Unos metros por delante de mí avanza compacto un numeroso grupo tras el práctico de las tres horas cuarenta

y cinco minutos, no me cuesta seguirlos, pero no es el ritmo que quiero llevar ni me apetece compartirlo con ellos, son demasiados; la única forma que se me ocurre para lograr que se alejen lo suficiente es parar a mear en el kilómetro dieciocho y eso hago entre muestras de alivio pues ya iba bastante cargadito.

En esas aparece un grupo de Garabitas y con ellos llego hasta el veinticinco; la media maratón la pasamos de charleta, pronto veo que su ritmo actual tampoco es el mío y tiro de recursos propios «si eso seguid vosotros y ahora os cojo porque se me bajan las medias de compresión»; mientras se alejan recupero mi marcha natural, la entrenada, en ese mismo kilómetro tuve que parar dos veces más para subirme, metafóricamente, las medias porque enseguida los alcanzaba de nuevo y no me permitían seguir adelante con mi plan.

A la entrada de los túneles de Pechina siento una repentina fuerza interior que me impulsa hacia adelante, apoyado en el subidón que me provoca paso de correr a volar para plantarme como si nada en el kilómetro treinta dónde me esperan Lola (para darme el tradicional plátano) y unos amigos de Benigánim, Luis y Maribel, que han venido hasta Valencia expresamente para ver la carrera; me detengo unos minutos para recoger el plátano, saludar a la concurrencia y posar en un nuevo intento frustrado de foto para la posteridad; los Garabitas hace rato que se han quedado rezagados, pero yo debo seguir sin mirar atrás, no me vaya a convertir en estatua de sal.

En el treinta y dos empiezan a dolerme (bastante) las plantas de los pies, pienso en el muro y en el tío del Mazo, pero no he llegado hasta aquí para relacionarme con ese tipo de gente, se lo hago saber y se va por dónde ha venido; cerca del treinta y cinco decido aflojarme los cordones, no fuera esa la causa de los dolores; mi coordi-

nación digital no resulta demasiado buena y pierdo unos valiosos minutos intentando anudarlos de nuevo.

Adelantando a una chica me sorprende ver que lo hace descalza con las zapatillas en las manos, no sé cómo puede hacerlo ni cuanto llevará en esas condiciones, pero lo está haciendo, lo mismo tendría que imitarla y dejarme de leches.

La zona del Cabañal me gusta, es el barrio de mi niñez en la ciudad y mientras me entretengo recordando la lejana infancia, quizá la parte más feliz de ella, me planto en el treinta y nueve casi sin darme cuenta; al fondo advierto con sorpresa la soberbia figura del Palau de la Música, «joder, ¿ya estamos aquí?»; en el cuarenta vuelvo a encontrarme con Lola –qué alegría en cada encuentro, en el diez, el catorce, el treinta, el cuarenta, omnipresente en la ayuda, infatigable en el ánimo– y enseguida da inicio la bajada al cauce del Turia, el final de la carrera lo intuyo cercano.

Desde allí hasta la meta me dejo llevar en volandas por el público, voy algo cansado, pero disfruto del momento intentando retener imágenes mentales que llevarme como recuerdo; la gente golpea con fuerza las vallas metálicas generando un ruido acompasado y gritan con fuerza nuestros nombres, me entra cierta congoja, como si me estuviera emocionando, «venga Santi, déjate de sentimentalismos y tira para adelante».

Al ir a entrar en la pasarela sobre el agua tropiezo con la alfombra azul que han dispuesto y por poco me la pego delante de todo el mundo, estoy en un tris de caerme, pero recupero la horizontalidad para afrontar los últimos ciento cincuenta metros corriendo sobre el agua como decía el lema de la organización.

Me quito la gorra, me atuso el tupé y en orgulloso gesto, impropio de mi natural y sobrio proceder atlético, fruto de una educación estricta, levanto ambos brazos para dedicar mi décimo segunda maratón a Lola y a nuestros dos nietos, William y Jacob, lo que digo, a la vejez viruelas.

Entro en meta, paro el crono, veo que no coincide para nada con el oficial —serán los minutos que se pierden en la salida, razono— y, mientras sigo dándole vueltas y vueltas al problema del crono en la cabeza, alguien de la organización me cuelga una bonita medalla del cuello.

Pronto me olvido del cronómetro y del misterio que encierran los números para dirigirme al ropero a recuperar mi bolsa y empezar a pensar en el arroz que nos espera en la Malvarrosa, dónde tenemos mesa reservada.

Subo hasta la plataforma del puente de l'Assut de l'Or y, con la medalla todavía colgada del cuello, espero satisfecho a que lleguen Lola y el resto de los comensales.

Mientras disfruto de una paella valenciana con los amigos recibo un SMS de la organización que añade mayor confusión al tiempo conseguido, tardé unos días en darme cuenta de que tenía programado el GPS para que se parase cada vez que yo lo hacía y de ahí la diferencia de cronos.

Al terminar la comida volvimos en coche a Denia para dar comienzo a la merecida recuperación descansando una temporada junto al mar; al día siguiente incluso salí a soltar un poco las piernas por la carretera de Las Marinas y a remojarme los pies en las frescas aguas del Mediterráneo, mano de santo.

La verdad es que no me sorprende mucho haber cumplido el plan a la perfección y que no me duela nada, la preparación la he llevado a rajatabla, sin excepciones y,

aunque no sea garantía de éxito, esta vez ha dado sus frutos.

Ya veremos cuándo llegará la siguiente maratón, si es que llega.

TODO A CIEN

22 de junio de 2002

Madrid

Mientras los meto, por llamar de alguna forma reconocible a los botijos que hoy tengo por tobillos, en un barreño con agua templada y sal, se me cierran los ojos de gusto y comienzo a recordar…

Es primera hora del sábado y ya estoy como una moto; aprovechando que tengo que bajar a la farmacia a comprar más vaselina quedo rápidamente encargado de bajar al perro, el resto de la familia respira aliviada «¡menos mal, nos va a dejar quince minutos tranquilos, qué paz!», quiero pensar que lo dirán por el perro.

Sobre las diez llegamos al extraño estadio de la Peineta, todavía quedan casi dos horas para dar la salida y hay poca gente: participantes somnolientos, familiares y amigos que los acompañan, el personal de la organización, militares ultimando la logística del guardarropa, hormigas sorprendidas por el inesperado bullicio y algún que otro despistado más.

Por uno de los largos túneles del complejo salgo a la pista como un toro a la plaza, todavía estoy sin picar y tengo fuerza de sobra; el sol con su resplandor envía una señal de la que nos espera, me calo la gorra negra con «scop» bordado en rojo para que se me pueda identificar bien.

En la sombría de los túneles se va acumulando gente, a miles de kilómetros se está jugando un España vs Corea del Sur y el soniquete de las radios lo inunda todo de una tanda de penaltis; parece emocionante pero no puedo atender, estoy concentrado en lo mío. Más tarde me enteré de que nos habían eliminado, cosas del deporte y de un árbitro egipcio llamado Gamal Mahmoud Ahmed Al-Ghandour que se hizo muy famoso (casi tanto como su madre) en las tertulias deportivas.

Me encuentro al doctor Francisco Gilo cámara en ristre, saludo a los componentes de uno de los equipos del Gran Grupo Garabitas (Almudena, Maxi y Julio), busco a Javi Sanz, pero sin suerte; tenía ganas de conocerlo, aparte de su pertenencia al foro me ha dado unos consejos personales para la prueba y se lo quería agradecer. Lo mismo ha salido ya pitando camino de Tres Cantos, ¡eh, Javi, vuelve que no han dado la salida todavía!

Llegan los componentes de mi grupo, Eduardo, Javier, pero ¿dónde está Gonzalo?, se ha debido quedar viendo el fútbol, esperemos que llegue a tiempo porque va quedando poco. Sobre la pista de atletismo se suceden las fotos, los nervios, los abrazos. En esas aparece sonriente Gonzalo, dan la salida y nos ponemos en marcha.

En ese momento me acuerdo de que mi hijo me dijo no hace mucho «Papá, eres un poco raro, no tienes amigos, no sales de marcha, sal y diviértete de vez en cuando», ¡toma castaña, chaval!, hoy me voy de marcha con mil doscientos amiguetes y durante veinticuatro horas no vais a verme el pelo. Pienso beber lo que no está en los escritos.

Vemos a nuestros acompañantes que nos despiden antes de alcanzar la calle; en la misma salida del estadio empiezan a marcarse distancias, pero vamos tranquilos, nuestra idea es llegar dentro de los límites permitidos y poco más. Una vez fuera del estadio tenemos los primeros encontronazos con conductores impacientes, esto marcha bien, si no nos pitan e insultan es como si no corriésemos. Hay mucho «Guelbenzu» suelto.

Por Arturo Soria avanza una larga fila de aventureros, hace calor, algunos se tiran de cabeza en triple mortal a las fuentes públicas; nos cruzamos con mucha gente conocida entrenando, si pudieran se vendrían con noso-

tros. Visto desde dentro y con las pintas que llevamos esto parece la Ruta Quetzal más que una prueba de cien mil metros.

Se suceden los kilómetros urbanos, los bomberos del barrio del Pilar crean un microclima en plena calle a base de manguerazos, ¡qué buena gente!, siempre dispuestos a echarnos una mano (y también agua); nos hacemos fotos para la posteridad bajo las cataratas madrileñas mientras Javier los reta cantando «la manga riega que aquí no llega!».

Por la empinada bajada de Herrera Oria se produce el primer encuentro con Paco Gilo, nos indica la existencia de una fuente de agua fresca cercana donde quién más quién menos se hace unos largos; nos entrega bolsas de geles energéticos para disolver en agua llegado el caso y unos buenos consejos, un auténtico señor.

Llegados al kilómetro 18,5 en la calle Braojos, hacemos la primera parada técnica, son las 15:10. Toca revisión de los pies, refrescar las zapatillas, llamada de control a casa, beber, comer algo y poco más. La organización avisa que hace calor, lo compruebo en mi reloj: 44º al sol y 38º a la sombra, pues no nos habíamos dado cuenta.

Camino de Tres Cantos nos espera una larga subida de diez kilómetros. Seguimos la tapia de una finca y la línea de casetas del Canal de Isabel II; vemos que bajo sus escuetas sombras se van refugiando corredores que agazapados huyen de la solana, uno que lleva un perro husky está haciéndole la respiración boca a boca porque el pobre perro no puede dar un paso más, un poco inconsciente me parece el dueño.

Alguien comenta que bajo nuestros pies fluye fresca el agua del Canal, aprovechando que llevo un bastón de cerezo le pido peras al olmo, pero el bastón no se entera, no

ha debido hacer el cursillo de zahorí. Si queremos agua tendremos que recurrir a las recalentadas cantimploras.

Sobre las vías del tren compruebo la temperatura ¡46'3º C!; no puede ser, no hemos andado tanto como para haber llegado a mi pueblo, en este punto debo recordar que soy natural de Écija (Sevilla), la romana Civitas Solis, actualmente más conocida como la sartén de Andalucía.

Mis colegas dudan de que el relojito mida bien la temperatura, pero las quemaduras que adornan algunas piernas, hombros y espaldas avalan una probable exactitud termométrica.

Algunos participantes, abrasados por el sol, han pasado directamente del blanco invernal al churrasco «well done», yo no sé cómo pueden aguantarlo. La cantidad de vinagre en paño que van a necesitar esta noche.

En la pasarela de Tres Cantos uno de la organización nos dice «esa espalda que veis es la del primer clasificado que ya vuelve para Madrid», son algo más de las 18:00 y parece como si hubiera pasado el AVE; acabada la prueba me enteré de que se trataba de Javi Sanz, camino de su segundo bocata de jamón del día regado con una Fanta naranja denominación de origen.

En el polideportivo de Tres Cantos paramos a socorrer a un participante que estaba hecho polvo, iba acompañado así que seguimos adelante.

Vemos a Paco usando su coche como ambulancia, va a recoger a Miguel (Garabitas) por lo visto con problemas estomacales, luego supimos que se retiró. A Miguel le preguntaba no hace tanto en la Casa de Campo por su carrera de los «101 de Ronda»; si este campeón se ha tenido que retirar ¿qué nos esperará a los novatos?

En el polideportivo intento darme una ducha, pero está lleno de gente y el agua sale hirviendo; no quiero entrete-

nerme, nos arreglamos los pies lo mejor posible, recargamos las cantimploras de súper y salimos zumbando, vemos que hay bastante gente indispuesta.

El camino hasta Colmenar es desigual y se antoja largo, nos visita Silvia en bicicleta; es compañera de trabajo y mujer de Javier que va en nuestro grupo, avisa que nos esperará en Colmenar con bebidas frescas y eso nos anima bastante porque el agua que nos van dando parece sopa.

En la primera parte del recorrido nos encontramos con varios participantes que ya vuelven, apenas un breve saludo para desearnos suerte y a seguir sudando.

Anochece poco a poco, vemos vacas y *cowboys*, perdón, eran unos norteamericanos con los que coincidimos, grandotes y animosos, charlamos un poquito en inglés inventado y los dejamos porque decidimos hacer trotando lo que nos quedaba de tramo hasta Colmenar Viejo.

Nuestro grupo de apoyo nos espera cerca del polideportivo, al vernos pasar sin parar se quedan como diciendo «serán maric... pues no llevamos toda la tarde aquí esperando y ahora pasan de largo». Ha venido también Isabel, de La Secta, está embarazada y no puede participar, si no seguro que se hubiera apuntado.

Son las 2229, hay 29'7º C y hemos recorrido 51,4 kilómetros, nos reagrupamos en el polideportivo, sellamos el rutómetro, nos dan las luciérnagas, hacemos acopio de agua fresca y decido darme una ducha... parece una sauna, el agua sale tan caliente que te despelleja, aun así, me meto bajo el chorro y en un par de minutos estoy listo, tenemos atleta al vapor, ni los mejillones de O Grove.

En el jardín de la instalación estamos todos tirados por el suelo porque den el edificio hace demasiado calor; co-

memos, bebemos, charlamos, sacamos fotos, nos abrazamos, todo rápido porque queda poco para volver de nuevo al tajo.

Siguiendo la receta de Javi Sanz me tomo un bocata de jamón con tomate a la catalana que nos ha preparado Lola para cada uno, esperando que nos haga el mismo efecto supermán que a él, falta nos va a hacer en lo que nos queda.

Antes, no sin insistirle a base de bien, conseguimos que Gonzalo nos enseñe el contenido de su mochila: paraguas, papel higiénico, champú... lo mismo lleva un despertador. Nos echamos unas risas y nos confiesa que no lleva cantimplora porque el agua pesa. Singular.

Javier decide quedarse en su pueblo, dice que sufre calambres y un tobillo perjudicado, para mí que pasar cerca de su casa resulta una tentación tan grande que no la puede resistir y se retira.

A cambio se nos une Tomás, vendrá con nosotros hasta Tres Cantos, hacia donde ahora nos dirigimos; es noche cerrada, encendemos un par de luciérnagas para que se nos pueda localizar en la oscuridad nocturna y seguimos adelante.

Por el camino tengo que guardar las ganas de estrenar el frontal, uno bien bonito que me ha comprado mi ángel de la guarda, pero hay Luna llena y no resulta necesario. La temperatura es agradable, en la zona del río registramos la más baja del día con 19º C que recordando los calores precedentes nos parece una delicia.

Durante la etapa Tomás, que entrena mañana temprano, nos va llevando la mochila por turnos, no es que pesen, pero se agradece el fresquito en la espalda. Los avituallamientos siguen funcionando a pesar de lo tardío de la hora, el agua sigue estando caliente pero es agua y

la bebemos según el guion establecido, además dicen que caliente se absorbe mejor y antes que fría.

A las 0229 llegamos de nuevo a Tres Cantos, llevamos 65,1 kilómetros, las fuerzas resisten y vamos en tiempo según el horario previsto, ni la RENFE.

En Tres Cantos Tomás aparece con una enorme tartera de pasta con tomate y atún, a pesar de la hora y de tener solo una cuchara y un tenedor para todo el grupo nos turnamos para comer lo que nos parece una auténtica delicia. Hace falta reponer fuerzas porque lo que queda se supone es lo peor. A mí me sabe a gloria bendita, me pongo como el quico, aunque no conseguimos terminarla. De postre doy cuenta de una manzana.

Gonzalo nos sorprende sacando una barra de desodorante de su mochila almacén, estoy convencido que más que mochila lleva la chistera de un mago, lo mismo en cualquier momento saca... ¡vaya Vd. a saber qué!

En este punto nos aborda un tal Ernesto, su compañero de carrera ha abandonado y nos pregunta si puede seguir con nosotros; nuevamente seremos cuatro en el equipo y salimos a por los últimos tramos de la prueba.

Ernesto es un chaval de sesenta y dos años con piernas de veintiséis y un ánimo para quitarse el sombrero, algo que hacemos todos de inmediato recordando que por la noche no suele salir el sol.

Hasta San Sebastián de los Reyes vemos en el rutómetro que solo hay 11,2 Km. por lo que pensamos que no habrá mayores dificultades. La Luna llena se ha tornado de un color amarillento, apenas vemos dónde pisamos, los pies empiezan a protestar, la cuarta etapa aparece con toda su crudeza, esto no podía ser tan fácil.

Luciérnagas por delante, nuestros frontales iluminando fantasmagóricamente el camino, en el cogote el aliento de los que vienen por detrás, solo

el ruido de nuestras pisadas y muchos tropiezos... hubiéramos clavado el papel de zombis en «La noche de los muertos vivientes».

Llegamos a lo que parece ser una discoteca en mitad de la nada, es un grupo de chicos y chicas alrededor de sus coches, con la música a todo trapo, cantando, bailando, bebiendo y fumando a las tantas de la madrugada.

Cruzamos entre ellos sin que nadie se inmute, para mí que ninguna de las partes entiende del todo a la otra, debemos parecernos bichos raros mutuamente. Ahora sí que podré decir en casa que he estado de marcha.

Esta etapa se nos hace larguísima y pesada, todos pensamos que tiene más kilómetros de los que reconoce la organización, aunque probablemente sea que el cansancio nos haya despistado un poco y estemos un tanto desorientados.

A las 0535 llegamos al polideportivo Dehesa Boyal, su interior parece un hospital de campaña: corredores tirados de cualquier forma sobre colchonetas o el suelo, los podólogos curando ampollas a destajo y muchas caras de sueño. Hace calor, estamos agotados, aunque perdamos tiempo decidimos descansar lo necesario para afrontar el último tramo de la prueba.

Se me caía la baba observando, con los pies en alto y algo de envidia, lo que quedaba de un corredor tumbado boca abajo en la camilla: una masajista le masajeaba la espalda mientras otras dos le relajaban las piernas y los pies... ¡joder, yo también quiero!, estaba a punto de pedirlo cuando Eduardo sentencia «chicos, es la hora de salir, así que preparados, listos, ya».

Enseguida empezó a clarear el día, los primeros kilómetros los recorremos renqueantes debido al dolor de pies y rigidez de piernas, pero enseguida volvemos a coger el toletole. Somos conscientes de que si queremos llegar en hora vamos a tener que apretar, Eduardo toma el mando de las operaciones y enfilamos derechos hacia el horizonte.

En el cruce con la N-I sale el sol, le hago las fotos de rigor al amanecer y eso me cuesta tener que salir trotando rápido para poder alcanzar al grupo, aquí si te descuidas un minuto estás perdido. Espero que alguna de las fotos merezca la pena.

A medida que avanzamos sin ver a casi nadie comentamos la cantidad de gente que habrá abandonado y los pocos que habrán pasado por estos mismos andurriales antes que nosotros.

No vemos las cosas que suelen verse en un desierto, como un cráneo de vaca, un sombrero atravesado por una flecha de piel roja o una carreta quemada, pero la aridez de la zona que atravesamos nos recuerda a una película de indios, lo mismo las rodaban por aquí cerca.

Adelantamos a varios grupos, otros nos adelantan a nosotros, a causa del cansancio acumulado ya no hay tanta amabilidad floral en el ambiente, incluso hablar produce pérdida de energía.

Pasamos por algunos puestos de avituallamiento con sufridos voluntarios esperando a que lleguemos para ofrecernos agua caliente, la verdad tiene mucho mérito lo que hacen. Casi no les quedaba agua ni nada que se le parezca pero, en un par de ocasiones, nos alcanzó un todo terreno y desde el coche nos ofrecieron lo poco que tenían.

La zona de AENA está sembrada de piedrecillas que se clavan en el cerebro tras destrozar las plantas de los pies, no hay forma de evitarlas aunque, como todo lo malo, también se acaba, ¡qué descanso, la madre del cordero! Lo único bueno que tienen las piedras es que te despiertan, te sacan la mala leche que sientes por dentro y te preparan para afrontar el resto del camino.

Atravesamos una zona cubierta de un barro espeso de color verde y meto ambos pies hasta el tobillo creyendo que era barro sagrado bético, el salto que tenía que dar era muy pequeño pero se ve que andaba algo justo de fuerzas. Con el cabreo me pongo en cabeza y tiro durante una hora del grupo, las zapatillas están para tirarlas. Ahora parezco un marciano, con la pinta que llevo solamente me faltaba tener los pinreles verdes.

Hasta los recintos feriales, unos 16,7 km. desde el polideportivo de San Sebastián de los Reyes, la prueba se ha endurecido bastante aunque seguimos andando como si fuésemos muertos vivientes, nos duele todo y estamos un poco hartos de la carrera pero ahora el objetivo parece alcanzable. La Peineta se deja ver en lontananza, aunque parece que vayamos dando vueltas porque no terminamos de llegar.

Las ganas de hacer fotos se me han quitado hace varias horas, a cambio me entran ganas de hacer pis; los chicos lo tenemos fácil y aprovecho para quitarme un poco de barro de las zapatillas con el chorrillo, al no llevar puestas las gafas de ver me meo parcialmente una pierna.

Eduardo y Ernesto mantienen una conversación científica sobre la Edad de Hierro, debido a mi talante curioso pego la oreja pero no hablaban sobre la edad del famoso futbolista malagueño, ya me extrañaba a mí a estas horas.

En los recintos feriales nos espera Fernando para ayudarnos en la parte final del paseíto, ha traído agua fresca y ánimos renovados, ahora sí que terminamos. Dejamos en su coche lo que consideramos accesorio —menos Gonzalo que no deja nada— y armados solo de nuestros bastones y una botellita de agua nos disponemos a terminar con los cien kilómetros.

Detalles épicos aparte el sol empieza a pegar de nuevo con fuerza así que cuanto antes lleguemos mejor. Esta parte del camino la conozco bien porque trabajo por la zona así que me resulta más sencilla de soportar, aun así Fernando tiene que animarnos, nos debe ver bastante fastidiados y el hombre hace lo que puede por ayudarnos.

Con la mole de la Peineta a la vista le digo a Gonzalo que se peine, ¿sacará ahora un secador portátil?, porque vienen los de la televisión; al rato veo que se trata de Paco Gilo y Yolo que han salido del recinto a nuestro encuentro, alguien les había dicho por el móvil que llegábamos y no se lo han pensado dos veces.

Con sus ánimos, las fotos que van haciendo y la película de vídeo, uno se siente campeón olímpico, solo faltaba la familia real saludando desde la tribuna; por fin entramos en la Peineta, reencuentro con familiares y amigos, primeras lagrimitas, Lola se va directa a darle un beso a Gonzalo que es más guapo que yo y huele mejor, ¡Lola, que te has confundido, ese no soy yo, que estoy aquí!, claro, lo prefiere a él porque va relimpio y bien peinado; nos reagrupamos los cuatro, entramos por el túnel entre los aplausos de la gente que está por allí y nuevamente el resplandor del sol al salir a la pista, esta vez no me siento como un toro bravo sino como una lagartija en peligro de extinción, pero significa que hemos llegado.

Damos la vuelta de honor, recomponemos la figura, Yolo nos lleva los bastones, Paco en plan reportero sacando fotos y rodando película, la organización nos pone música, no sé qué suena, pero parece música celestial, las sonrisas vuelven a iluminar nuestros rostros, levantando los brazos y unidas las manos entra victorioso el cuarteto en meta derribando a su paso la cinta que la organización ha dispuesto para ellos.

«¡Santi, Santi...!», «¿qué pasa Lola?», «¡que te has dormido y tienes los pies como garbanzos!».

Solamente han pasado dos días desde que terminamos la prueba de los cien kilómetros, gracias al agua con sal y otros cuidados por fin los pies están perdiendo su forma de botijos y ya no necesito pedirle prestados los zapatos al pato Donald para ir a trabajar.

Pasaban los días y todavía no había empezado a escribir la pequeña historia de mis cien de Corricolari, quedé en hacerlo porque suelo hacerlo en todas las carreras importantes y por si servía de algo a otros; hoy, por fin, creo que la he terminado y ya empieza a ser un recuerdo del pasado.

Gracias a las numerosas notas que fui tomando por el camino en mi cuadernillo de campo he podido recordar el desarrollo de la prueba y, completando los detalles con la información de los SMS que iba escribiendo a Lola para que me tuviera localizado y registrar los tiempos de paso, he conseguido terminar esta crónica.

Nuevas carreras, personas y experiencias vendrán a sumarse a todas las que he tenido oportunidad de vivir en este mi primer e intenso año como corredor popular.

Como recuerdo de este largo día tengo un diploma que acredita que me sobraron cuarenta y dos minutos del tiempo reglamentario; medallas y diplomas atestiguan

que corrí una maratón, varias medias maratones y unos cuantos diez miles; no ha estado mal para un novato.

Desde aquí animo (con reservas) a los que estáis pensando en intentarlo alguna vez, pero si lo vais a hacer preparaos bien porque se trata de una prueba de ultra fondo no un paseo por el campo.

En mi caso, la experiencia ha sido más dura de lo que pensaba, aunque ahora que ya ha pasado todo y no me duelen las piernas piense que haya merecido la pena.

Lo que tengo bastante claro es que ¡una y no más, santo Tomás!

EL MARATON DE LOS SUEÑOS

2 de febrero de 2003

Valencia

Hace un par de años José Luis Ortíz Pavía (el Mago Pepo) en el transcurso de una comida se apostó una cena con sus amigos a que correría y terminaría la maratón de Valencia del año siguiente; hay que decir que por aquel entonces nuestro amigo Pepo estaba ligeramente pasado de peso —por encima de los ciento diez kilos— y no corría ni para coger el autobús.

Ante la incredulidad y jolgorio de los comensales se oficializó la apuesta y al año siguiente, con bastante menos peso, corrió la maratón de su ciudad en unas cinco horas, no recuerdo el tiempo exacto que tardó pero lo que ahora nos importa es que la terminó.

Durante la cena de celebración pagada a costa de la apuesta por sus amigos, los sorprendió con una nueva y más atrevida apuesta si cabe: «el año que viene la correré en tres horas y media»; debo aclarar que entre para los maratonianos del montón bajar de las tres horas y media se considera un triunfo en toda regla, da caché de corredor.

Ante la incredulidad y jolgorio de los comensales se oficializó la apuesta y quedaron todos citados para con-

templar la gesta; durante la preparación, en la que nuestro mago adelgazó lo indecible y se preparó a conciencia, surgió un movimiento espontáneo entre corredores amigos y conocidos para acompañarlo en su reto.

Yo fui uno de los más de ciento que se animaron a viajar a Valencia para pasar un fin de semana irrepetible e integrarme en el numeroso grupo que lo escoltaría durante la maratón.

El mago Pepo acabó la carrera que se cuenta en esta crónica en tres horas treinta y tres minutos, estuvo a punto de conseguirlo pero las malas lenguas dicen que no quiso volver a ganar la apuesta a sus amigos y así ser él quién los invitase a cenar en esta ocasión.

Estamos en pleno viaje y según nos vamos acercamos a la costa la cabeza se me llena de locas ideas, lo achaco a la brisa marina; si ayer lo tenía claro (nada de correr la maratón entera) hoy estoy inmerso en un mar de dudas.

Lo que me pide el cuerpo es dejarme de dudas y correr la maratón, unirme al grupo del mago Pepo y aguantar hasta caer rendido; venga Santi que para eso has venido a Valencia, no te rajes ahora que tú puedes hacerlo; pero la cabeza, más fría y menos pasional, me pide prudencia, ¿será la madurez o falta de entusiasmo?

Si debajo de la cabeza tuviera un cuerpo esculpido a lo keniata, como el de Javiere pongamos por ejemplo, no lo dudaría mucho, me iría a por la maratón pero no es el caso. Normalmente la cabeza no me dice nada, solo es la vecina de arriba del resto del cuerpo; por eso, a pesar de intentarlo, mi cuerpo no la escucha, no sabe, no contesta, no tienen por costumbre dialogar.

Menos mal que los que no tenemos cabeza o tenemos pies o tenemos a Lola; en este caso escogí a Lola, ¿o fue

ella la que me escogió a mí?, porque aparte de oler bastante mejor que mis pies resulta que ella tiene la cabeza que me falta a mí, bien bonita, y en su sitio añadiría yo.

Total, que para no discutir con mi cabeza terminé haciendo caso a Lola que para estos casos tiene la cabeza muy bien puesta: «no seas cabezón, al final harás lo que te dé la gana pero si has venido con la idea de hacer media maratón pues haces media maratón y punto; a pesar del tamaño a veces parece que no tienes cabeza».

Es verdad que no tengo buena cabeza, pero sé elegir muy bien la gente con la que quiero correr, ese punto lo tenía claro y decidido tiempo ha, concretamente desde que me bajé del coche el viernes pasado al llegar al hotel.

Los vi y me dije «no seas tonto y corre solo media maratón, ¿no ves la pinta de máquinas que tienen todos?, esta gente está en plena forma y enseguida vas a quedarte más solo que la una».

Menudo grupo se está formando para acompañar al mago Pepo en su reto, espero que ellos sepan correr con cabeza porque yo solamente puedo aportar mis pies y no son muy rápidos, las cosas hay que decirlas como son.

Formamos el grupo y salimos corriendo a por las tres horas y media que perseguía el señor mago; Santi (otro, el de Bilbao) se pone pronto en cabeza para tirar del grupo y Daniel el maño advierte al resto «que nadie pase a Santi (el de Bilbao) porque va en cabeza marcando el ritmo».

Yo me sitúo en un lugar cómodo dentro del grupo, ni a la izquierda, ni a la derecha, ni delante ni detrás sino todo lo contrario, la verdad es que no lo hago por comodidad sino por ver que tal voy en ese lugar, si no me gusta ya me cambiaré a otra parte y así voy teniendo algo en que pensar.

Santi (el bilbaíno) cumple el programa previsto como un reloj suizo, segundo arriba o abajo la media la estamos clavando; estreno la camiseta de Correr x Correr y debe quedarme ajustada porque se me está clavando en el sobaco, a cada kilómetro voy notando el roce y como del roce al cariño hay una distancia imperceptible pues me acabo acostumbrando y hasta le voy tomando cariño a la prenda.

Llegando al kilómetro cinco Daniel sale de estampida seguido por otros y vuelven al rato con un montón de botellas para dar de beber al grupo, esto sí que es un lujo al alcance de muy pocos; como no me esperaba tanto altruismo yo había cogido mi propia botella, así que toca beber.

Se corre alegremente, se habla por los codos, de vez en cuando se gastan bromas, nos reímos, esto no parece un reto maratoniano sino un entrenamiento largo, a ver si va a resultar que no soy el único con poca cabeza.

Nuevos avituallamientos, esponjas (nos acordamos de Luis «spanjaard» cuando alguien dijo «me voy a por esponjas»), van cayendo los kilómetros, todavía vamos frescos y con ganas de cachondeo, parece un paseo en tartana, no por lentos —que vamos a cinco m/km— sino por alegres.

Daniel sigue yendo y viniendo a por agua o lo que haga falta, corre adelante y atrás sin descanso; Cepa va pasando lista en voz alta cada pocos kilómetros y haciendo fotos sin parar, las hace incluso marcha atrás, en automático, va *sobrao*. El mago Pepo avanza concentrado, muy serio, como un torero a punto de tomar la alternativa, pero seguro que la procesión va por dentro.

El resto vamos a la expectativa, disfrutando lo que se puede y con tranquilidad, confiados en que aquí nadie va a dar un hachazo.

Estando en plena abstracción filosófica «¿pero qué coño haces tú aquí con lo bien que se debe estar en la cama un domingo por la mañana?» Coppi hace el chiste de la mañana, ve a una señora con su hija (como tienen buena cabeza estaban como público en lugar de corriendo) y les dice «vaya Vd. con Dios señora que yo me voy con su hija», con las risas se me olvida el incipiente cansancio que ha venido para saludarme, pero sigo corriendo como si no fuera conmigo,

Al poco aparecen Ana «Abuela Veloz» y Carlos Llanos, al verlos incorporarse al grupo pongo mi mejor cara no se me vaya a notar que no estoy para muchos trotes, pero ellos lo notan enseguida porque, ahora que caigo, yo no tengo mejor o peor cara, siempre tengo la misma, para qué nos vamos a engañar.

A nuestro paso las calles se estrechan cada vez más, ¿estaremos pisándolas demasiado fuerte y se contraen por el dolor?; de repente el grupo de las tres horas y media se ha convertido en el metro de Tokio en hora punta. ¡Coño!, a ver si voy a ser el único entre más de dos mil corredores que no va no lo va a conseguir.

Carlos se va en busca de UC05611 (seguro José que lo he escrito mal, pero mira que te has buscado un mote raro) para acompañarlo los últimos diez o doce kilómetros; Ana se quedará hasta el veintisiete, ha conectado con Javiere y ya sabemos cómo se las gasta el de Complutum.

Unos cincuenta metros por delante de nosotros circula el práctico de las tres treinta encabezando un enorme pelotón de gente; nuestro grupo permanece compacto,

Santi (el de Bilbao) y Daniel (el maño) mantienen juntos a todos los elementos en el ritmo previsto. A todos menos a Javiere y Ana que con la charla se han destacado unos metros.

A la altura de la Ciudad de las Ciencias y las Artes un miembro de Correr x Correr apodado Tiburón va hablando por el móvil a voz en grito, creemos que está recolectando noticias de otros grupos, pero luego nos confiesa que era una llamada urgente del trabajo y tenía que atenderla.

En el dieciocho está el autobús alquilado por Correr x Correr; «Sin Límite» se llama la empresa, junto al autobús están nuestras animosas familias, distribuidas a cada lado de la calle; como voy sin gafas lo mismo le doy un beso a otra y ella y Lola me sueltan un sopapo, a mi lado corre el murciano Fran Bali, lo veo tan alto y fortachón que mejor me olvido de dar besos no sea que me suelte otro.

Por fin localizo con mi anticuado radar portátil, lo que en tiempos fue fino oído, a Lola y Teresa en el lado derecho de la carrera, exactamente en el lado contrario que imaginaba porque yo pensaba que se pondrían a la izquierda porque es el lado por el que oigo mejor.

Enfilo directo hacia ellas gracias a que cuando corro sin gafas mi radar puede captar los ultrasonidos que desprenden sus gritos de ánimo; más por costumbre que por agudeza auditiva ya que aunque tenga poca cabeza de orejas no puedo quejarme, por el tamaño se entiende.

Ahora no me sirven de mucho (las orejas), pero adornan lo suyo y todavía pueden sujetarme las gafas cuando me las pongo, sin ellas tendría que usar lentillas con la grima que me dan.

Se retira Fran Bali, tal como anticipó esta mañana en el hotel, ¿será adivino?, ¡que precisión!, a mí todavía me quedan unos kilómetros en compañía de este grupo de autómatas mecanizados.

Cerca del puerto la madre de Coppi le echa una bronca monumental por no ir delante con los primeros, o sea con los africanos; claro, me habrá visto a mí y la pobre señora pensará ¿qué hace mi atlético hijo con ese pisa huevos?

Pasamos la media maratón en un esperanzador tiempo de 1:44:35; justo un kilómetro después me aparece la cabeza, bueno mejor dicho el recuerdo de la cabeza de Lola y decido que es hora de empezar a considerar una retirada honrosa.

A mi lado aparece el valenciano Josep1, solo participa testimonialmente porque ha estado pachucho pero comparte algunos kilómetros acompañando a unos y otros; gracias, Josep, tu compañía me vino de cine; me da recuerdos para todos de parte de Paco Garabitas, el doctor Gilo, que lo ha llamado desde la Casa de Campo para saber cómo vamos.

En estas estaba cuando Moisés me pregunta si me quedo aquí o sigo, ha visto cómo voy perdiendo distancia respecto del grupo y se preocupa; tranquilo Bufocalamita, vete con ellos porque yo en breve voy a caer como fruta madura.

A partir del veintitrés empiezo a ver alejarse al grupo, si no fuera por el banderín que enarbola el práctico de las tres y media no sabría distinguirlos entre la masa de esforzados corredores.

El paisaje se torna solitario, me duele mucho el dedo de la artrosis, aunque es de la mano joroba lo suyo y alguna excusa tengo que encontrar para justificar el bajón que estoy pasando; me empiezan a adelantar demasiados co-

rredores, noto que voy a menos, ¿qué digo a menos?, noto que no voy y hago como que no me importa, pero lo disimulo mal porque uno es natural y primario y por el gesto de contrariedad se me nota todo lo que me pasa por la cabeza.

Paso por delante de unas chicas muy monas que están viendo pasar la carrera, a duras penas consigo escuchar algo así como «¡uy!, has visto la mala cara que lleva ese señor mayor, me parece que va fatal». Si tuviera orgullo lo sentiría herido, pero hace años que me lo comí con patatas y hoy no estoy para heroicidades. No obstante, hasta aquí podríamos llegar, se van a enterar estas dos.

En el veinticinco avisto un avituallamiento que consigo alcanzar al cabo de un buen rato porque la avenida era bastante larga y parecía que no se acababa nunca; al llegar elijo una bebida energética en vez de agua como hago siempre; tras varios sorbos recupero poco a poco la consciencia tomando nota mental de donde estoy, ¡caramba, como se parece esto a Valencia!, recompongo en lo posible la figura, avivo el paso y me dispongo a terminar mi participación con toda la dignidad que me sea posible.

Aunque parezca increíble acelero, no es que la bebida haya hecho efecto inmediato, es que a lo lejos he visto el autobús de Correr x Correr y pienso que por allí estarán nuestras fans y no es cuestión de dar una imagen lamentable. Ya ves, hace un momento corría en modo ausente, me imaginaba reptando por la arena del desierto buscando un oasis salvador y ahora voy tan campante sin necesidad de espejismos. Lo que hace un autobús estratégicamente situado en el recorrido.

Al llegar a su altura me retiro poniendo cara como de «me paro aquí pero conste que podría seguir doscientos metros más», busco a mis chicas en la derecha pero esta

vez están en la izquierda que parecía lo más lógico dado el trazado.

Allí también está Daniel (el maño) que se acaba de retirar hace un par de minutos como dijo esta mañana, se ve que lo de decir algo en este grupo y cumplirlo es palabra de ley. Ana también lo ha dejado, parece que hoy sea el día nacional de «cumplir lo que se dice».

Estiro a conciencia y espero para aplaudir y animar a los del club que vengan más atrás, pero termino aplaudiendo a todo el que pasa por allí; cuando lo hace el último de los nuestros subimos al autobús y nos vamos directos al estadio.

Me siento orgulloso de haber podido llegar hasta allí y tener la fuerza de voluntad para retirarme, otra cosa hubiera sido perjudicial para mis intereses, pero también algo apenado por tener que hacerlo. Espero que el mago Pepo y todos los demás consigan sus objetivos personales.

Entramos en el estadio y desde las gradas vamos viendo llegar a todos los campeones del Correr x Correr, unos son más rápidos y otros más lentos, pero todos maratonianos estupendos; me entran ganas de llorar de la emoción, si no lo hago es para no tener que dar explicaciones. Así que lloro un poco por dentro de alegría, viendo las caras de alivio que ponen según van terminando.

Aparece el mago Pepo, la traca que enciende su amigo Lalo llena el estadio de humo y sonido y casi asfixia a los que lo seguían. Unos minutos antes, unos paracaidistas acababan de tomar tierra entre la admiración del público, así debía sentirse Pepo, como bajando del cielo.

Y esta es la historia de mi «no carrera», dos tercios de maratón que por fin corrí con cabeza y ni siquiera me han dolido los pies.

Ya estoy deseando que llegue mi maratón, el de mayo, ese lo correré con la cabeza, con los pies y con lo que haga falta y ya veremos qué ocurre entonces, se que será difícil pero me gustaría disfrutarlo tanto como este.

La semana siguiente la organización publica en los medios que he terminado la maratón; extrañado y ante mi lógica protesta formal me explican que alguien debió correr con el dorsal del año pasado y la casualidad ha querido que tuviera el mismo número que llevaba yo, está claro que el código de barras no tiene futuro en las pruebas de ruta y pronto será sustituido por algún otro sistema de control.

Dado que sin haberlo terminarlo quedará en los anales de la historia como que lo corrí, decido que este será mi maratón apócrifo.

Tengo que decir que el mago Pepo no consiguió el objetivo de su reto por muy poco, estuvo a punto ya que se quedó a tres minutos; hoy sigo pensando que no quiso ganar la apuesta a sus amigos, pero desde entonces todos lo recordaremos como el maratón de los sueños.

LA CLANDESTINA

20 de febrero de 2011

Valencia

Noticia publicada en la revista Runners World el 17 de septiembre de 2009:

«El Maratón de Valencia cambia de fecha.

La tradicional prueba, que cumplió 30 ediciones el pasado febrero, cambia su imagen y apuesta con un cambio de fecha y de recorrido, ya que la próxima edición tendrá lugar en la Ciudad de las Artes y de las Ciencias.

El anuncio ha sido realizado por Cristóbal Grau, concejal de Deportes del Ayuntamiento de Valencia, en compañía de Francisco Borao, presidente de la SD Correcaminos, socio técnico de la prueba. La medida se realiza con el objeto de incrementar la competitividad de la prueba dentro del calendario europeo, a la vez que potenciar el turismo en la ciudad. El factor deportivo también es determinante ya que la nueva fecha favorece la preparación de la prueba en meses climatológicamente más benévolos (el Maratón de Valencia se realizaba en el mes de febrero, con la Navidad en el tramo final de dicha preparación).

"Los corredores europeos tienen costumbre de competir en el último trimestre del año, así que el cambio pue-

de ser determinante justo en el año en el que Valencia aspira a ser Capital Europea del Deporte", señaló Cristóbal Grau».

El mago Pepo, que por entonces formaba parte de la junta directiva de la SD Correcaminos, se rebeló contra la decisión, más por las formas seguidas por el concejal que por otra cosa, y su protesta acabó germinando en la organización de una maratón popular de protesta que los participantes bautizamos como «la clandestina».

Con el paso del tiempo se ha demostrado que el cambio de fechas fue un acierto, actualmente la maratón valenciana forma parte del calendario internacional y las sucesivas ediciones están resultando un éxito año tras año.

Los que participamos en aquella protesta lo hemos hecho también en la nueva maratón, no nos íbamos a quedar sin correrla por un cambio de fechas; probablemente estuviéramos equivocados en nuestra protesta, lo cortés no quita lo valiente, pero para entender lo que pasó hay que ponerse en situación, de todas formas y a toro pasado que nos quiten lo bailao.

El pasado domingo Valencia fue el marco preciosista perfecto para celebrar una maratón tan singular y única[1] en su género como la Clandestina; la ciudad nos enseñó porqué es la tierra de las flores, de la luz y del amor; el Turia de plata, el cielo turquesa, el sol valenciano, todos luciendo sus mejores galas para recibir a los clandestinos y a sus numerosos seguidores.

[1] Realmente tuvo un antecedente en la Clandestina que se celebró el 8 de octubre de 2006 en Buenos Aires, en la que participó Javi Sanz, Coleccionista de Maratones, porque no se pierde una.

A la llegada a Veles i Vent procedente de Denia donde estábamos pasando unos días de asueto pude comprobar que todo estaba perfectamente preparado para celebrar la primera y probablemente única edición de la también llamada Maratón Informal.

Para empezar diré que la Patacona no se me atragantó como me ocurrió en la edición oficial del año 2005, gracias a lo cual pude admirar tranquilamente el entorno de la Malvarrosa y quedarme con la boca abierta cuando entramos en el cauce del Turia, si llego a tener una cámara me quedo por allí sacando fotos.

Cuando se dio la salida recorrimos toda la zona a ritmo lento y en grupos numerosos, siempre hay quien se pone a tirar enseguida como si no hubiera un mañana pero esta vez la gracia consistía en mantener juntos a cuantos más participantes mejor porque se trataba de una carrera protesta y había que hacerse notar para que no pareciese un día cualquiera.

Corriendo con unos y otros llegamos hasta las fortificadas puertas de las murallas medievales, las Torres de Serranos, dónde se había montado un avituallamiento que quitaba el hipo: bollos, plátanos, dátiles, agua, galletas... no faltaba de nada. Allí me encontré con Sylvie de Alcira que es la alegría hecha corredora y por hacer algo de tiempo mientras llegaba el resto de gente seguimos corriendo un poco en dirección al parque de cabecera antes de volver a la concentración.

El tramo lo completamos bien dirigidos por José Pepe, convertido en el policía de Village People, quien con sus sonoras indicaciones a base de un megáfono psicodélico y su disfraz iba causando la admiración de propios y extraños.

A la hora convenida empezamos la manifestación propiamente dicha que había sido convenientemente autorizada por la Delegación del gobierno; rodeados por efectivos de la guardia municipal puestos allí para protegernos de la posible represalia del concejal Grau, ese día fue bautizado como el «burro» Cristóbal a quien debían pitarle los oídos a base de bien.

Trescientos corredores y tres kilómetros de marcha compacta por lo más céntrico de la ciudad con parada especial frente al consistorio para dedicarle unas chanzas alusivas al motivo de la protesta popular; cánticos a gogó, alegría por toneladas y sobre todo una ejemplar disciplina manifestante como nos había pedido el alma mater de la organización, no fuera a liarse la de San Quintín por un quítame allá esas pajas.

Acabada la manifestación, acumulando veintitantos kilómetros en las piernas y con el tendón de Aquiles renegando en do mayor decidí dejar de protestar por hoy; cojeando emprendí junto a Guille, Bandoneón y el mismísimo mago Pepo el camino de regreso a Veles i Vent; fueron otros tres kilómetros adicionales, puede que andando se notasen menos que corriendo pero en el lamentable estado que llevaba me costaron un mundo

Sylvie me esperaba para recordarme que tenía que cumplir lo que había prometido días atrás, así que con gran dolor de mi corazón me presenté en la playa con José Pepe y Javi Muñoz para darnos un baño —por supuesto Javi lo hizo en bolas desde el primer momento como tiene por costumbre— en las gélidas aguas mediterráneas; no lo digo de coña, el agua estaba helada pero el baño me recuperó de todas las molestias que tenía para el resto del día. Incluso José Pepe y yo nos quitamos el bañador aguas adentro para cumplir con nuestra promesa de bañarnos desnudos.

Tras el baño ceremonial nos acercamos al cercano Mist para beber cerveza y degustar una estupenda paella ofrecida gratuitamente por la generosa organización en compañía de los amigos; la «no organización», como nos pedían que dijésemos, había superado todas las expectativas y mira que el mago Pepo tenía puesto bien alto el listón con las veraniegas Pujadas al Castell.

En resumen, una jornada lúdica, deportiva y reivindicativa a partes iguales que tardaré en olvidar, me consta que ha sido una carrera única de la que no habrá segunda edición y creo que así tiene que ser; ahora habrá que concentrarse en lo que venga que, si nuestro querido concejal Cristóbal Grau no lo remedia, será en noviembre en la fiesta grande de la maratón.

Gracias al mago Pepo por la (no) organización y a todos los voluntarios que estuvieron ayudando y pendientes al pie del cañón, saber que todavía queda tanta gente con ilusión y entrega es motivo de esperanza; yo he tenido la inmensa suerte de poder compartir una estupenda y diferente mañana de domingo con ellos y me vuelvo para Denia contagiado de su espíritu indomable.

Durante el regreso en coche todavía canturreaba por lo bajini el eslogan cantando en la Clandestina: «¡qué burro eres, Cristóbal qué burro eres, qué burro eres, Cristóbal qué burro eres!».

No te lo tomes a pecho, son cosa que pasan.

EL BARTOLO

9 de julio de 2006

Benicassim

El personal es variado, hay personas que desprenden energía que puede ser positiva o negativa según tengan el día, otras echan chispas cuando sus miradas se cruzan con alguien como ellas, también las hay de movimientos eléctricos e incluso se habla de gente con fuego en el cuerpo.

Como en botica de todo hay en la viña del señor y mi caso no podía ser muy diferente; en concreto yo, bajo ciertas condiciones físicas, doy calambre, tal como lo lees, genero electricidad.

Por ejemplo, el domingo pasado en la llamada «Marxa al Bartolo» donde tuve serias derivaciones de corriente quizá provocadas por las cercanas antenas de telecomunicaciones de la cima, cercanas si subes hasta allí porque desde la playa se ven lejanas; como si se tratase del fuego de San Telmo unos espasmos recorrían mis piernas, ora sobre los gemelos, ora sobre los isquiotibiales, cuando no directamente en los aductores.

Menos mal que no coincidieron juntos más que cuatro o cinco veces, porque en esas contadas ocasiones de mi

boca —tendré que lavarla con jabón cuando todo acabe— salían despedidos rayos, truenos y hasta centellas.

Para ser sincero la Marxa al Bartolo se me atragantó de mala manera, como la gamba de aquella canción de la mili (*hoy hay paella, que delicioso manjar, tiene de todo, solo le falta caviar, tiene pimiento, tiene un poco de azafrán y también tiene una gamba para toda la unidad, la gamba, eo, que tenía, eo, la paella que comimos aquel día, eo, tan flaca, eo, tan delgada, eo, que aún la tengo en la garganta atravesada…*), nada más darse la salida en el pueblo.

Los primeros kilómetros mientras fue posible correr, trotar o caminar la cosa iba bien y sin generar aparato eléctrico, pero fue empezar a trepar como cabras por aquellos empinados riscos que llevan al Moll de la Mola y despertarse alarmados todos mis problemas conocidos y otros que iba a conocer en las próximas horas.

Era un continuo subibaja que se me hizo tan interminable como la teleserie de sobremesa, a cuyos personajes, por muchos años que pasen en pantalla haciendo lo que no está en los escritos, siempre puede ocurrirles algo más.

Antes de coronar el Moll tuve un primer calambre, noté un bulto en el cuello que resultó ser el gemelo derecho que se me había subido, «bájate ahora mismo con tu hermano», «si, hombre, con lo que me ha costado subir»; al rato empezaron a jugar a los ascensores, uno subía mientras el otro bajaba, ellos disfrutando como niños, «estaos quietos de una vez porque la gente va a pensar que estoy poseído» y yo pasándolas canutas.

Echando pestes por la boca conseguí avanzar por las crestas de los agrestes picos no sin antes doctorarme en Electrónica; algunos de los compañeros que me adelan-

taban ponían caras como de susto, pero no se atrevían a acercarse por si acaso les soltaba una descarga electrostática.

Al final de la senda pude adivinar la camiseta amarilla de mi tocayo barcelonés que se había adelantado un poco «Vamos Santi que ahí mismo tenemos el segundo control».

Tras reponer fuerzas en las bien surtidas carpas de la organización, más parecido a un supermercado que a un avituallamiento, me dirigí a la ambulancia de la Cruz Roja con la misma determinación con que los mosquitos vuelan hacia la luz, «hola, que si me podéis dar un masaje tailandés que es que tengo las piernas electrificadas», al final una voluntaria me dio un masaje de descarga para que dejase de practicar el baile de San Vito.

Una vez repuesto alcancé la cima del Bartolo tras una última cuesta de aúpa, apenas sin tiempo que perder empezamos a bajar y combinando andar con un ligero trote conseguimos alcanzar el tercer control, justo en el kilómetro dieciocho; un poco antes practico la natación de altura en la Fuente Tallà que más bien debería llamarse la Fuente Pallá, por lo lejos y a trasmano de todo que queda; deliciosa agua fría que consiguió darme un breve pero intenso respiro.

En ese refrescante punto comienza la subida a Les Agulles que es donde la Marxa al Bartolo se transformó en un verdadero suplicio para quién esto escribe, convirtiéndome por momentos en una central eléctrica en contra de mi voluntad.

La subida es larga y penosa, me siento agotado sobre una piedra mientras pienso cómo lograré salir vivo de ésta; algunos corredores me preguntan si me encuentro bien o si necesito ayuda, una pareja que viene andando

incluso me entrega una botella de agua a medio llenar, «¿ayuda?, lo que necesito es un helicóptero que me saque de aquí antes de que me desintegre».

A trancas y barrancas corono Les Agulles con mucha fatiguita, al fondo diviso de nuevo la camiseta amarilla de mi ángel de la guarda particular que ha vuelto para buscarme; juntos iniciamos una nueva bajada que se me antoja insufrible; no puedo seguir ningún ritmo de marcha que me proponga, si avanzo es por pura inercia, envuelto en la nube de pesimismo que probablemente precede al abandono.

A un lado del camino vemos el aviso del kilómetro veinte, se me antoja como la calavera de una vaca en mitad del desierto, creo que en hacer los dos últimos kilómetros se me ha ido casi una hora y mi chivato de energía parpadea en rojo desde hace mucho rato, «conéctese cuanto antes a una fuente de energía o se arriesga a perder los trabajos no almacenados».

Un nuevo y salvador avituallamiento líquido me devuelve momentáneamente al mundo de los vivos; «ahora todo es llano hasta la playa» oigo decir a alguien, con lo que yo hubiera dado durante toda la mañana por un llano, ahora que lo tengo delante de mis narices no sé qué hacer con él.

Trotamos y andamos como almas en pena (yo, mi tocayo iba bien pero no quería dejarme solo viéndome en tan lamentable estado) por una zona feísima del extrarradio urbano de Benicàssim, muros de verdad, zanjas, piedras, un paso subterráneo bajo la autopista por el que no entro de pie... hasta llegar a la valla de un camping cuyo verde frescor nos devuelve algo de lo perdido y por fin, ya era hora, comenzamos a trotar.

Entramos en el paseo marítimo, los últimos quinientos o seiscientos metros corremos entre la indiferencia general de los bañistas; en meta distingo a Lola que nos aplaude aliviada al ver que estamos vivos y anima a otros a hacer lo mismo, han sido casi cinco horas desde que a las siete de la mañana dejamos el pueblo a nuestra espalda para enfilar el terrible Bartolo.

Chocamos las manos al entrar en meta, ponemos cara de foto, intercambiamos los chips por sendos diplomas y pasamos a la zona de refrigerio; se puede comer y beber a voluntad, opto por agua fresca y sandía, esto por fin se ha terminado y salgo indemne por pura casualidad.

O eso creía yo, en ese momento de alivio los dedos de los pies se suman a la fiesta; durante las dos siguientes horas se mueven acalambrados a su antojo, ando y canto como Chiquito de la Calzada y casi no consigo salir de la piscina del hotel donde me había metido previamente con idea de ahogarlos y que dejasen de darme la murga.

Una ducha fría pone fin a las hostilidades por el momento; a la aventura del Bartolo le toca empezar a ser un lejano recuerdo, sobre todo cuando se me pasen las dolorosas agujetas que desde el lunes me acompañan por donde quiera que vaya, si no fuera por ellas no me acordaría de casi nada.

Por mi alergia a las cuestas nunca me han gustado las carreras de montaña, alguien podría haberme dicho que Castellón es la segunda provincia montañosa de España; desde luego si llego a saberlo antes no vengo, por lo menos a correr.

El Bartolo ha resultado ser un lobo feroz con piel de cordero.

LA DURA VIDA DEL MARATHON SUPPORTER

27 de abril de 2008

Madrid

La crónica se publicó ese año en algún foro, la leí, me gustó y la guardé por si acaso algún día me servía; parece que ese día ha llegado, he corregido todo lo corregible procurando mantener la esencia del texto original.

No sé quiénes serán Turi (Alberto) ni Bea, me hubiera gustado conocerlos y sobre todo pedirle permiso a Bea para la publicación de su crónica pero estamos en 2018 y no creo que pudiera localizarla.

En cualquier caso representa con bastante fidelidad las vicisitudes que deben pasar los sufridos acompañantes de los maratonianos; Lola escribió una crónica parecida con ocasión de uno de mis maratones madrileños pero ha pasado tanto tiempo que no la encuentro por ninguna parte.

«Dedicado a Turi, Javi, Juan Luis, Alberto, José Manuel, Josetxu, Maribel y al amigo de Maribel. A los que llegaron y a los que no. Pues el sólo hecho de apuntarse

a una maratón, entrenar y creerse capaz de acabarla, me parece admirable. Bea»

Domingo 27 de abril de 2008, 31ª maratón de Madrid. Son las 0640 de la mañana y una voz me despierta.

—¡Beiiii, Beiii... que son las siete menos veinte!

—¡Por Dios! que es domingo... y es Turi. ¿Os lo podéis creer? Turi, el mismo al que le cuesta horrores levantarse todos los días, el mismo que se agarra al mando de la tele y puede estar horas y horas viendo los Simpson, Futurama y Padre de Familia. ¡No me lo puedo creer!

Me levanto y me lo encuentro tomándose las pulsaciones en el sofá.

—Oye, Bea ¿me puedes tomar las pulsaciones? es que tengo cuarenta y una por minuto y me parecen muy pocas.

—Toma no, a estas horas ¿qué quieres? en fin....

A las 0730 salimos de casa y cogemos el metro, hemos quedado sobre las 0800 en Cibeles. En el metro sólo hay gente que vuelve de juerga o que va a la maratón.

Nos da conversación un señor que quiere correr este año ¡veintidós maratones! y va por la séptima. Lleva veinticinco años corriendo maratones.

El señor afirma: «estoy bien ¿verdad?», a lo que Turi responde «Tú lo que estás es *jubilao*».

De verdad que al oírlo me han entrado escalofríos, me he visto anciana, canosa y sin dientes, acompañando a Turi a las maratones y gritando:

—¡Hijoz mioz, ánimo!

Llegamos a Cibeles, un olor mezcla de Réflex y sudor nos indica que estamos en el lugar adecuado: la salida de la maratón.

Es entretenidísimo ponerse a observar a la gente. Llevan todos una pinta... los hay que parece que vayan a la piscina: bañador de flores y camiseta de algodón y ¡pero alma de cántaro! ¿con esas zapatillas piensas correr 42 kilómetros?

Están los que se disfrazan de atletas profesionales: camiseta de tirantes y pantalón braga ¡están para verlos!; los que se gastan una pasta en ropa técnica: camisetas y mallas con unas zonas transpirables y otras reforzadas, con gorra y sin gorra, con barriga y sin barriga, mayores (pero mayores, mayores) y jóvenes (de estos hay menos), con gafas de sol y sin ellas, con música o sin ella, eso sí, todos embadurnados en crema de esa forma que se la ponen los tíos ¿es que es imposible que se pongan bien crema? ¿tienen que ponerse medio bote en mitad de la cara y frotarse fuerte con los ojos y la boca apretados para que no les entre?

Y ellas, también fácilmente clasificables: las machorras, hay que mirarlas dos veces para saber si son un tío o una tía; las divinas, maquilladas y monísimas, las que parece que vayan a hacer aerobic y las que más abundamos, las que vamos a animar, porque lo más común es ver a una pareja, entre treinta y cuarenta años, él preparadísimo para correr, ella con gorra, gafas de sol, la cámara y la mochila, qué buena voluntad tengo, pero ¿seguro que vas a necesitar todo esto que hay en la mochila? que tengo que cargar cuatro horas con ella por el metro sube que te baja escaleras.

Ahí los dejo planificando de nuevo la carrera, me voy a ver la salida desde el puente que pasa sobre la Castellana en el metro de Rubén Darío.

Al pasar por la salida, la de verdad, no la de los «corredores populares», veo a «los buenos». Si para hacer esos tiempos en maratón hay que estar así, yo paso. ¡Qué piernecitas tienen!, si de una mía pueden salir dos suyas. Para ver a los africanos tienen que pasar dos veces por delante.

Y Chema Martínez, ¡cuánta razón tenían ayer los de Carrusel Deportivo cuando decían que parecía un refugiado de guerra! pero si el tío sólo come fruta ¿cómo va a estar? eso sí, 37 euros de fruta cada dos días. Si que sale cara la dieta sana, sí.

Llego al puente, je, ¡empieza la guerra!, las mejores posiciones ya están cogidas y aún faltan quince minutos para la salida. Madrid es lo que tiene, vayas donde vayas siempre hay gente. Me sitúo bien, pero ¡maldición! llega una abuela, son las peores, se hacen las indefensas para que las dejes el mejor sitio, que no me da la gana, hombre, que esta señora está mejor que yo.

Y su hija: «Mamá, ven para aquí que esta chica te deja sitio» (sic), pero señora, que yo no he dicho nada de dejarle sitio a su madre, brrr..., debería ser delito usar a niños y ancianos para coger los mejores sitios de los espectáculos en cualquier evento masivo, como colarse en la fila del telesilla del esquí porque vayas con un niño ¡será posible!

Bueno, a pesar de todo ha merecido la pena, la vista es buena y puedo hacer bastantes fotos.

Siguiente punto de encuentro, en el kilómetro once. Subo andando por Castellana. Una de las cosas buenas que tiene ser «marathon supporter» es lo que se liga al

principio de la carrera, cuando aún les queda sangre para pensar, al final ya nada, ni sienten ni padecen, sólo piensan en poner una pierna delante de la otra. Eso sí, sólo se liga con maduritos, los que son un poco más jóvenes solo piensan en batir su marca y van concentrados pero los más abueletes son la pera: «¡Venga guapa, únete un ratito con nosotros!», «¡Esas chicas guapas, qué bien animan!», hombre, algo es algo, después del madrugón, al menos te suben un poco la autoestima.

Llego al kilómetro once a tiempo para ver pasar a los primeros... ¡por Dios! ¡cómo van!, todo el mundo los anima y ellos ni se inmutan ¡vaya caras!, si parece que les sepa mal que animemos; yo creo que lo que tienen es mucha hambre, porque están todos muy flacos, como diría mi padre « todos estos tienen muchos ranchos atrasaos», y claro, quieren llegar a la meta pronto para tomarse una Coca-Cola y la barrita energética a punto de caducar que dan siempre; lo veo en los ojos de Chema, está harto de tantas manzanas y sandías.

A mi izquierda una madre con dos niñas y otra mujer embarazada con una niña de cuatro años o así. A mi derecha, una madre ya más mayor con niña adolescente. Todas diciendo lo mismo «Papá tiene que estar a punto de pasar», ¡que no!, papá lleva más de veinte minutos a punto de pasar, me alegra que tengas tanta confianza en tu marido, pero no seas tan pesada, por Dios.

«Pues mi marido va a hacer 3 horas 30 minutos», «El mío 3 horas 20 minutos», se ve que esto va de saber quién tiene al marido más rápido; Turi tío, acelera porque yo no puedo decir nada. Seguro que no se ponen tan contentas cuando son rápidos en otras cosas, je, je.

Aquí veo a Turi, los maridos de las otras ya han pasado hace rato, pero traían una cara malísima; Turi en cambio,

llega sonriente a tope y dando saltos, no será tan rápido pero es mucho más divertido que ellos.

Siguiente punto de paso, kilómetro quince; calle Fuencarral, metro Tribunal, bueno, sólo son tres paradas de metro en la línea 10, pero voy un poco justa. Nada, que no veo a nadie del grupo.

Pero llevo tantas carreras como *supporter* que incluso me suenan los que corren: el que va disfrazado de Groucho, siempre con el cartel de 4 horas 15 minutos, el que va disfrazado de novia, el señor mayor de la melena blanca, el que corre siempre sin camiseta ya sea verano o invierno. ¡Incluso ya los animo como si fueran de la familia! Pasa Maribel, luego Javi. Dice que va el último, ¡maldición! ya voy mal de tiempo para el siguiente punto. Decido saltármelo pues está en el kilómetro dieciocho y seguro que no llego. Siempre soy muy optimista en las planificaciones, me pasa con todo y luego voy agobiada a todas partes.

Me voy directa a Príncipe Pío, kilómetro 23,5. Salgo del metro y ¡oh, no!, todo el mundo ha pensado lo mismo que yo, claro, es un punto bien comunicado y está llenísimo de gente. Se estrecha tanto el pasillo entre la gente que esto parece una etapa de montaña del Tour. Los comentarios: «¿Os podéis quitar del medio que llevamos mucho tiempo aquí y no vemos?», «¿Os podéis apartar que estáis molestando a los corredores?». Nada, ni caso, nosotros con nuestras cámaras de fotos y vídeo, a codazo limpio si hace falta, asomando el morro para ver si vemos a nuestros corredores.

¡Ahí llegan Cristina y los niños! qué guapos que están con sus globos de maratón y sus pulseras de maratón. Su padre les cogió de todo, todo, todo el sábado en la feria

del corredor. Total, los globos acabarán enseguida en la basura porque luego nadie quiere cargar con ellos.

Hay un montón de gente, je, je, ésta es la mía: «¿Os podéis apartar para que puedan ver los niños, por favor?», ju, ju... Siempre les pasa lo mismo, al principio tienen vergüenza y ni animan ni nada, pero luego no hay quien los lleve para casa. Nada, no llegan ni su padre, ni su tío, ni Juan Luis, ni nadie. Se sientan en el suelo, están cansados y solamente acaban de llegar. Y nosotras «¡Uy, tiene que estar a puntito de llegar papá!». Lo sé, lo sé, pero ¡algo hay que decirles a las criaturas para que aguanten!

Ahí llega Turi. Se para a darles besos a sus sobrinos, ¡ay, madre!, pero ¿cómo te puedes parar? ¡a ver quién te arranca luego! Malas noticias, tiene una contractura en un gemelo desde hace un par de kilómetros pero va muy bien de tiempo, sobre lo previsto. Dice que va a ir más lento, pero como tiene tan buena cara y se le ve tan contento no le hago mucho caso, como siempre, je, je.

Al rato (tras veinte minutos repitiendo que papá está a puntito de llegar), llega papá (Javi). Éste sí que no arrancará después de pararse a darle un beso a los niños, bueno si, saca fuerzas para correr un ratito con ellos, eso también lo hacen todos; no pueden más, pero siempre guardan algo de fuerza para tirar de dos renacuajos, uno casi tirando de él y el otro medio arrastrándose porque no llega ni al suelo.

Venga, ahora todos al kilómetro treinta, solo es una parada de metro, ¡está *chupao*! Allí que llegamos en pleno muro para animar con fuerza porque ahora les hace mucha falta. Y Turi que no llega y no llega... y ya empezamos todos «Pues este me suena que iba delante de él», «Y este otro detrás», «¡Uy, pero si ha pasado el globo de las 4

horas, seguro que ya ha pasado él!». Ale, otro punto de encuentro fallido.

Volvemos al metro, al kilómetro treinta y siete, el obelisco de Delicias. Ésta sí que va a ser buena, Raúl está cansado, Javicho no para de correr de un lado para otro; Javi lleva veintitrés kilómetros en las piernas, yo llevo tres horas con la mochila a cuestas recorriendo Madrid en metro y Cristina con el bolso y la mochila con todas esas cosas que llevan las madres: el agua, las chocolatinas, las chaquetas, las gorras, la crema, los pañuelos... pero ¿todo eso cabe en una mochila? yo, cuando tenga hijos, no voy a poder ir a seguir la maratón, porque entre lo que tenga que llevar para el padre y lo que tendré que llevar para los hijos, voy a tener que comprarme un *trolley*.

Llegamos a Delicias, ni rastro de Turi. Los niños, animadísimos, sacan sus manitas para que se las choquen los corredores. Los corredores, después de treinta y siete kilómetros, bastante hacen que intenten chocarlas. A uno se le cae el agua, una chica tropieza... ¡ay, madre! esto ya es un sufrimiento y Turi sigue sin aparecer, pero si ha dicho que iba a ir lento y que tenía una contractura y no le pillamos en ningún punto de encuentro.

Vuelta al metro, vamos directos a la meta. A ver si allí encontramos a alguien. Domingo en el metro, hora punta y nosotros en Sol. Tenemos que dejar pasar un tren porque no cabemos y, claro, los niños tan abajo casi no pueden respirar. Al pobre Raúl hay que llevarlo en brazos, a Javicho agarrado porque va más rápido que nosotras. Entramos en el siguiente tren como sardinas en lata. Frena en seco, me trago a un señor mayor, ¡buf, al menos no he pisado al niño!

Llegamos a Retiro, es la una. Turi ya ha tenido que llegar. Lo llamo, me cuelga, me llama, va por el kilómetro cuarenta ¡andando!, el pobre no puede con la contractura, va de caseta de masajes en caseta de masajes para que le echen Réflex y le estiren el gemelo. ¡Aquí llega Maribel!, otra sonriente, así da gusto campeona. Al poco llega Turi andando. No lo habíamos visto en ninguno de los puntos de encuentro anteriores porque nos íbamos antes de que él llegase.

En la puerta del Retiro y con más de cuatro horas en las piernas, la gente no puede más. A algunos los llevan agarrados, muchos van andando, otros tropiezan con el bordillo de la acera, por favor, que pongan una rampita para esta pobre gente. Pálidos, con los pezones sangrando ¡vaya caras! Y claro, el público animando: «¡Venga campeones que ya no os queda nada!», «¡Ánimo, un esfuerzo más!». Nada, ni por esas, si no pueden, no pueden, ¡bastante han hecho ya los pobres! que entren andando si quieren, hombre.

Parece que hemos llegado a la meta ¡pero no!, aún queda correr casi un kilómetro dentro del Retiro. Debe hacer 30º C, la solana pegando duro, la música, el *speaker*, los gritos de ánimo de la gente, que llevo desde las siete de la mañana sin comer nada porque ¡no me ha dado tiempo a tomar un café!, a ver si al final me va a dar a mí una lipotimia y me tienen que llevar en una de esas camillas que hay para los corredores. Me duele la espalda por la mochila ¡qué envidia los que están tumbados en las camillas con los fisioterapeutas dándoles masajes! y eso que yo no llevo a Raúl en brazos, porque la pobre Cristina va a acabar doblada.

Me llama Turi, José Manuel está con los del SAMUR con calambres en las piernas. Bueno, no pasa nada, todo

está bajo control, para eso tienen montados los hospitales de campaña que a ratos esto parece Kosovo.

Encontramos a Javi y a Juan Luis. Menos mal que tienen barritas a punto de caducar y Coca-Cola, porque estamos famélicos; lo devoramos todo. Les dan sus trofeos a los niños, como sólo hay para uno de ellos Juan Luis tendrá que apañarse para rifar el suyo entre sus dos pequeñas, Javi le dice a Javicho «Éste para Raúl y el de Alberto (Turi) para ti», ¡BIEN! me lo quité de encima, el troFEO para el niño y un problema menos; ya no habrá pelea en casa porque yo quiera tirarlo a la basura y Turi guardarlo como recuerdo, je, je.

Se disuelve el grupo, cada uno a su casita a descansar. Yo creo que el año que viene Raúl no se apuntará, seguro que le dirá a su madre «Yo no voy mamá, mejor me quedo en casa haciendo deberes», porque el pobre está agotado.

Recojo lo que queda de Turi y nos vamos para casa andando a paso de tortuga, claro, porque con la contractura que lleva en el gemelo casi no puede ni caminar. Y esto no acaba aquí, porque ahora ponte a preparar la comida, la cena y la comida de mañana y no digas que estas cansada porque «tú no has corrido una maratón».

No, si no la habré corrido pero me dan ganas de preparar la del año que viene para poder pasarme tirada en el sofá toda la tarde.

Son las 2230 y aún tengo que bajar la basura.

RESUMEN NUMÉRICO

Maratones

1. Madrid	04:01:06
2. San Sebastián	03:37:53
3. Madrid	04:32:00
4. Praga	03:52:30
5. San Sebastián	03:45:12
6. Sevilla	03:31:48
7. Nueva York	04:02:01
8. Valencia	03:55:03
9. Madrid	03:52:37
10. Barcelona	03:58:05
11. Chicago	04:39:26
12. Valencia	03:48:18

Excepciones

1. Todo a cien	23:18:00
2. El maratón de los sueños	
3. La Clandestina	
4. El Bartolo	04:55:06

La última edición y revisión de este libro se realizó el 2 de octubre de 2022

La diferencia entre lo posible y lo imposible está en
nuestra mente y en nuestra fuerza de voluntad

Si no tienes fe en ti mismo,
¿quién la tendrá?